FRANCISCO VILLAESPESA

Las Granadas de Rubíes

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS
PARÍS

Las Granadas de Rubíes

R. 41.716
BIBLIOTECA DE Granada
1
AV
200

FRANCISCO VILLAESPESA

Las Granadas de Rubíes

PARÍS
CASA EDITORIAL DE GARNIER HERMANOS
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

Al Gran Poeta Rufino Blanco-Fombona, con un abrazo fraternal de

VILLAESPESA.

Madrid, Julio 1911.

EL MILAGRO DE LAS ROSAS

EL

MILAGRO DE LAS ROSAS

I

La cuadriga avanzaba, al galope, por la amplia vía de laureles y de mirtos poblada de estatuas.

La frescura musical del agua, al salpicar el mármol de las fuentes albeantes entre el verdor metálico de los jardines, mitigaba la caligie estival.

Dyonisios, de pie sobre el carro de húmedo cedro de Ida, fustigaba los corceles. Relinchando sacudían las largas crines blancas y atronaban el suelo con el rítmico y sordo martilleo de sus cascos teñidos de púrpura. Bajo las herraduras de plata, saltaban rotos los guijarros, y el vaho cálido que exhalaban sus narices dilatadas, voraces sorbedoras de aire, flotaba entre los ramajes y se perdía humeando en el esmalte azul del cielo.

Eran cuatro caballos tyrios, acostumbrados á las aclamaciones triunfales en el estadio de

Olimpia, armónicamente estatuarios, dignos de ser uncidos por el cincel de Milón, al carro de Helios sobre los frisos dóricos del Templo de Delfos.

En los bordes del camino, bajo los plátanos, los niños suspendían sus juegos, é inmóviles, con el disco aún en la mano, contemplaban aquel vertiginoso deslumbramiento de ruedas de oro, hasta que desaparecían á lo lejos, entre nubes de polvo.

Dyonisios no precisaba de aquella celeridad. Pero su alma, ávida gustadora de la embriaguez del vértigo, amaba los vuelos desmesurados de la Quimera y las locas fugas de las carreras frenéticas.

Los corceles se detuvieron, por fin, jadeantes y sudorosos, junto al templo de Afrodita.

Varios esclavos agrupados en torno de una pequeña estatua de la diosa en cuyo plinto se deshojaban coronas de ciclamos y violetas, se acercaron á la cuadriga.

Dyonisios descendió ágilmente, y mientras un lindo efebo le recomponía los pliegues del manto, dijo á Dioscoro, su liberto.

— ¿Y Lais?

— Está cumpliendo sus votos. Ella misma condujo hasta el altar, en una canastilla de flores, las tórtolas propiciatorias. Una pareja de esta primavera, que yo sorprendí, al calor del alba, entre los adelfos del Iliso. Las aves, ateri-

das de frío, temblaban entre mis manos, y Lais, sacudiendo de su plumaje las últimas gotas de la noche, las metió bajo la túnica, calentándolas entre los senos.

Se acercaron al Templo, reverberante de sol, con la deslumbradora blancura de los mármoles gloriosos. Sus líneas, supremamente armónicas, se recortaban rígidas sobre un triunfo de azul.

Grupos de legionarios romanos, sentados en las gradas, apuraban, á grandes tragos, anchas cráteras de vino mezclado con miel.

Bajo los pórticos, núbiles flautistas ensayaban un aire litúrgico de melancólica voluptuosidad. Sobre la clara gasa de los mantos y entre las largas cabelleras ondulantes azuleaban, con reflejos marinos de turquesas, pequeños ramos de jacintos. La pierna derecha, surgiendo desnuda entre la abertura de la túnica, marcaba el ritmo musical golpeando levemente con el extremo de las sandalias bermejas el marmóreo mosaico del pavimento.

Mercaderes de frutas y amuletos ensordecían el aire con sus pregones insinuantes y agudos, alargados en una canturia monótona.

Á veces, se abrían paso entre la multitud cuadrillas de esclavos encorvados por el peso de la carga. Los torsos desnudos sangraban al sol bajo el látigo de los custodios.

Una cortesana, tan gruesa que al andar tenía que apoyarse en los hombros de dos siervos

etíopes, verdaderos hércules de basalto, tambaleándose bajo su enorme tiara oriental constelada de gemas, se proximó á Dyonisios y quiso retenerle por el manto.

Dyonisios la rechazó bruscamente.

Aquella muchedumbre envilecida de filósofos y parásitos, hetairas y mercaderes, le inspiraba una repugnancia tan profunda, que mil veces pidió á los dioses su exterminio.

Pero los dioses habían huído de Grecia. En sus altares se alzaba, ahora, un Olimpo bárbaro y sangriento.

Corrían de boca en boca las más estupendas narraciones.

Unos pastores hallaron la siringa de Pan, rota y olvidada á las orillas de una fuente. Al tocarla exhaló un lamento tan triste que huyeron aterrorizados, y, abandonando el rebaño que sesteaba á la sombra de un bosque de encinas, regresaron á la ciudad, lívidos, jadeantes, sin habla, yendo á caer exámines al pie de la estatua de Zeus, en la calle del Partenón.

— ¡Los dioses se van! gritaban los filósofos refugiados en las bibliotecas de Alejandría, bajo la influencia monoteista de las cosmogonías orientales.

— ¡Los dioses se van!, gemían los oráculos de Cunas y de Eritrea.

— ¡Los dioses se van!, repetían las pitonisas lívidas como agonizantes, retorciéndose en las

últimas convulsiones de su locura sagrada.

Y este mismo grito fatal y agorero, repercutía también en el corazón de la Grecia.

En todas las conciencias se había hecho la sombra, y las pupilas, roto el espejo encantado de la fe, ya no perseguían en las aguas, en los campos, en las brisas y en los cielos las huellas fugitivas de las alegres Divinidades.

Las mismas costumbres se resentían también de influencias extrañas, y hasta la Belleza había perdido sus líneas impecables, maculada entre los brazos de aquellos bárbaros de rostros feroces y ojos de niñas : ojos de claridades azules con turbios reflejos verdes, como el cristal de sus lagos y la corriente de sus ríos bajo el misterio druídico de sus bosques.

Dyonisios palidecía de ira al pensar en tales profanaciones y en la servil impotencia de su pueblo al resistirlas.

Sólo Lais sabía hacerle olvidar estas amarguras.

Recordaba la campestre poesía de su primer encuentro.

Bajo los oros flúidos de un lejano mediodía primaveral, en la calma fresca y olorosa de un recodo florido, junto á la vieja fuente que brotaba á la sombra de los altos laureles, sus ojos, fatigados de tanta deformidad, se bañaron de belleza y de alegría en las formas armoniosas de aquel grácil cuerpo adolescente, que avanzaba

majestuoso como al son de una lira con un ánfora de cobre á la cabeza.

Admirado de los clásicos y puros lineamientos de aquella figura, le preguntó su nombre.

La adolescente alzó los grandes ojos profundos, sus ojos en que revivía el misterio de los antiguos mitos, y le suspiró quedamente, con voz que era como el temblor musical de la brisa entre los hojas soñeras de un cañaveral húmedo de rocío.

— Me llaman Myrta. Tengo trece años y nací en Lesbos, al pie de las rosas que recibieron las últimas lágrimas de Safo. Soy esclava de Pompilio, centurión romano.

— ¿Y estás contenta?

— Como los ruiseñores enjaulados. Nací griega y amo la libertad sobre todas las cosas.

Y la rebelde energía de esta respuesta acabó por conmoverle.

Al día siguiente se la compró al centurión. Le dió libertad, y recordando el encuentro del divino Apeles con Lais la cortesana, le dió este nombre.

Aquella misma noche, ella, voluntariamente, vestida con su propia desnudez, fué á llamar á las puertas de la cámara, y con un impudor sagrado se le ofreció sobre su mismo lecho.

— Tómame... Soy tuya...

Y tendiéndole los brazos le atrajo sobre sus senos.

Y desde entonces, la belleza y el amor de Lais le hicieron olvidar las lujurias mercenarias de aquellas abigarradas cortesanas, que envueltas en sus peplos amarillos y con sus pelucas doradas, se ofrecían en la cercanía de los templos y bajo los naranjos de los muelles...

II

En un extremo de la plaza se aglomeraba atenta la muchedumbre.

Un extranjero hablaba, lentamente con voz severa.

Su perfil se destacaba con el vigor de líneas de un bajo relieve, esculpido nítidamente en la serenidad azul, sobre el fondo verdoso de los jardines cercanos.

Los cabellos descendían, enmarañados, sobre los hombros atléticos.

Luengas barbas grises solemnizaban la salvaje energía de aquel rostro visionario.

Sus ojos de águila relampagueaban bajo el arco de las ásperas cejas.

Vestía tosco sayal ceniciento, y al hablar, las manos se elevaban, en un gesto de bendición, hacia el cielo.

— Atenienses — decía, — vivís de supers-

ticiones. Mas en vuestro santuario, también se alza un altar con esta inscripción :

« Al Dios no conocido. »

Yo os hablo en nombre de esta divinidad que honráis sin conocerla.

El Señor, como Creador del cielo y de la tierra, no habita templos fabricados por la mano del hombre.

¿Por qué, pues, buscáis á Dios, palpando en las tinieblas, como ciegos, si en ninguna parte se halla?

Él está, sin embargo, dentro de nosotros.

En Él vivimos y nos movemos, y somos, según un poeta vuestro, de su mismo linaje.

¿Para qué esas construcciones fastuosas?

El corazón del hombre puro es el verdadero templo de Dios. Allí no necesita sacerdotes ni sangrientas víctimas.

Ofrecedle, como único sacrificio, la inmolación de las pasiones, y vuestra alma será el altar más agradable á sus ojos.

Para orar debemos encerrarnos dentro de nosotros mismos, y en secreto elevar el espíritu hacia el Eterno Padre.

Él está en todas partes, y desde su trono de nubes se inclinará para encucharnos, si semejantes á los niños llenos de fe y de confianza le decimos.

« Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre... »

La voz del extranjero se eleva cada vez más solemne.

Un presentimiento divino estremecía todos los corazones.

Las flautas enmudecieron, y hasta los legionarios dejaron de beber para oirle.

Dyonisios preguntó á Dioscoro :

— ¿Quién es ese hombre?

Un judío llamado Pablo, natural de Tarso, en la Cilicia, y discípulo de un profeta de Galilea á quien Tiberio mandó crucificar.

Ha causado el asombro del Areópago.

Dyonisios, el filósofo, vencido por él en pública contienda, es hoy uno de sus más fervorosos secuaces. La bella Dámaris abandonó por él su vida licenciosa. Repartió su riqueza entre los pobres, dió libertad á los esclavos, y vestida de pieles se retiró á los montes á hacer penitencia.

Cuentan de él maravillosos prodigios.

Las puertas de las cárceles se abren por sí mismas á su paso.

En Filipos, con una sola palabra, lanzó del cuerpo de una doncella el espíritu pitánico que le poseía. Y á Lidia, la célebre vencedora de púrpura de Tiatira, le curó una úlcera rebelde que le corría el seno, sólo con proyectar sobre ella la sombra de sus manos.

En Listra había un pobre paralítico de ambas piernas, que sentado á la puerta de la casa lloraba amargamente su desgracia.

Pablo pasó, acompañado de sus discípulos, y le dijo :

— ¡Levántate y anda!...

El paralítico saltó, corriendo loco de felicidad á abrazarse á sus rodillas.

Las gentes gritaron :

— ¡Dioses semejantes á hombres han bajado á la tierra!

Y creyéndole el mismo Zeus, empezaron á aclamarle y reverenciarle con tal escándalo, que tuvieron que intervenir las varas de los lictores.

Todo esto cuentan de él las turbas que le siguen : gente infecta y despreciable.

El Pretor le ha amenazado con echarle á palos de la ciudad si promueve algún disturbio.

Estas palabras del liberto avivaron la curiosidad de Dyonisios. Se apoyó en una columna, dispuesto á continuar escuchando :

— Vengo á anunciaros la Verdad.

El Señor os avisa para que creáis, porque vendrá un día en que seréis juzgados ante la justicia de Aquél que vino á la tierra á morir por nosotros.

El acento del extranjero parecía poner un sello de fe en los labios.

La muchedumbre le rodeaba absorta.

Los mismos mercaderes olvidaban sus pregones, y los asnos cargados de frutas, para mez-

clarse entre los oyentes, arrastrados por el extraño sortilegio de aquella voz fascinante en su propia austeridad.

Hablaba, ahora, de la Pasión y Muerte de su Divino Maestro.

Repetía las parábolas que Jesús improvisara á la sombra geórgica de los olivos, en campos de trigo, mientras el viento de la tarde hacía ondular suavemente las mieses maduras.

Explicaba uno por uno todos los milagros, y describía la escena de su muerte gloriosa :

— El trueno estremeció las montañas.

Las sombras amortajaron la tierra.

El velo del templo se rasgó en dos pedazos, y las manos de los muertos, resucitados, volvieron á llamar familiarmente á la puerta de sus hogares.

Después se puso á referir su historia.

Fué encargado por el Sahendrín de Jerusalén de perseguir á los sectarios de Cristo.

Su severidad había llenado las cárceles de mujeres y niños.

Sus propios ojos contemplaron el martirio de Esteban, uno de los primeros discípulos.

— Mas aconteció que yendo un día á Damasco, de repente, á la hora en que el sol brillaba más en el cenit, una luz del cielo envolvió mi camino.

Los que me acompañaban se quedaron atónitos, como sumidos de pronto en un sueño profundo.

Mi caballo, espantado, se encabritó, y caí desvanecido al suelo.

Entonces oí una voz que, dolorida, murmuraba.

— ¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues?

Y la dulce figura de Jesús de Nazaret apareció ante mis ojos, envuelta en claridades tan intensas, que mis pupilas cegaron.

Yo me atreví, al fin, á suspirar:

— ¡Señor! ¿Qué debo hacer?

— Levántate y marcha á Damasco.

De manos de mis acompañantes entré en la ciudad. Allí recobré la vista y me fué revelado mi destino.

El silencio era tan profundo que se oía el aletear de las palomas que en blancas bandadas cruzaban el azul, y hasta el temblor de alguna hoja seca que la brisa hacía revolotear sobre la muchedumbre.

Pablo proseguía.

Anunciaba la resurrección de la carne, prediciendo un reinado de amor y paz sobre la tierra:

— ¡Ni esclavos ni señores! Los hombres, todos hermanos, entonando juntos las alabanzas del Señor.

Un alegre murmullo apagó las últimas palabras del Apóstol.

Lais salía del Templo, flotante el sutil velo de gasa que dejaba adivinar las rosas vivas de su olímpica desnudez.

Los finos cabellos, sujetos y separados en la frente por ancha cinta de púrpura, y recogidos sobre la nuca con largo alfiler de plata, ceñían su cabeza como un casco de oro.

Dos esclavos impúberes le precedían, tañendo flautas; y en torno de ella, coros de doncellas, coronadas de rosas, danzaban, cogidas de las manos, como en una alegoría de la Aurora.

Pablo continuaba :

— Encantos pasajeros de los sentidos, ¿qué sois comparados con los eternos goces del espíritu?

Nadie le oía. Todos los ojos se volvieron al Templo.

Las flautas dejaron escapar un aire ligero y faunesco.

Lais descendía las gradas con la ritual serenidad de una diosa.

Los collares de falos de oro que serpenteaban alrededor de su cuello, sujetos por una cigarra de esmeraldas, fulguraban al sol en medio de la irradiante blancura de los mármoles y el lino ondulante de las túnicas. Y el milagro de su pierna desnuda, al extenderse para alcanzar los peldaños resucitaba la euritmía y el blancor de aquellas esculturas gloriosas que en el interior del Templo, entre el incienso y el humo de los sacrificios, se elevaban serenas sobre los plintos, seguras de su inmortalidad.

Los legionarios, ebrios, aullaban de deseo en

sus lenguas ásperas y salvajes, levantando en su honor las anchas cráteras.

Las mismas cortesanas arrancaban las flores y las cintas de sus tocados para arrojarlas, como ofrendas, á los pies de la aparición gloriosa.

Y en todos los corazones despertaba un sentimiento de veneración hacia la Belleza triunfante y única.

— ¡ Afrodita ! ¡ Afrodita ! ¡ Embellece con tus ojos nuestras mercancías ! ¡ Ennoblécelas con el contacto de tus manos !...

Y los vendedores, agrupados en torno de ella, pálidos de emoción, le tendían velos finísimos, verdaderos tejidos de aire y de luz; alfombras de Persia, joyas egipcias en las que relampagueaba el esmalte de oro de los escarabajos sagrados; espejos de plata bruñida con mangos incrustados de piedras preciosas : resinas y gomas de la Arabia y abanicos de plumas de avestruz.

Á lo lejos se oía resonando la voz del Apóstol, con la lenta y austera severidad de un anatema.

Algunos esclavos y varios marineros inválidos, tullidos, astrosos, le seguían escuchando, apretándose en torno de él, como para evitar á sus ojos impotentes el dolor de aquel espectáculo de Juventud y de Belleza.

Dyonisios se adelantó, abriéndose paso entre la muchedumbre con ayuda de las varas de los siervos, y alzando á Lais entre sus brazos la con-

dujo, con un noble gesto de orgullo, hasta la cuadriga.

Blancas nubes de palomas ocultaron el sol.

Las guirnaldas que festoneaban las columnas del Templo se deshojaban lentamente. Y el humo de los sacrificios y el perfume de los jardines de la diosa impregnaban la suavidad del aire de caricias tan sutiles, que hacía arder bajo las túnicas las carnes, y palidecer mortalmente los rostros en las exaltaciones supremas del deseo.

El látigo vibró. Los corceles se encabritaron, y relinchando, partieron á galope por la ancha vía de laureles y de mirtos, mientras las últimas llamaradas del incendio solar resplandecían en el áureo escudo de la estatua de Minerva, que vigilante sobre la colina de mármoles gloriosos, apoyada en su lanza, custodia la ciudad.

III

Terminaba el festín.

En la insinuante penumbra de los triclinios, jóvenes patricios, coronados de verbena, acariciaban con sus pálidas manos enjoyadas las ambiguas testas de hermosos ganimedes.

Las cortesanas encubrían el misterio de sus voluptuosidades bajo las gasas de los velos.

Las cítaras gemían extenuadas en un trémolo de besos, y danzarines orientales, arqueando lascivamente los brazos tatuados, agitaban sus piernas y sus vientres morenos en la embriaguez cataléptica de la danza. Simulaban los divinos estertores de las bacantes en los festivales nocturnos del dios de los pámpanos, ó la sorpresa imprevista de las ninfas al retorcerse de placer entre los brazos robustos de los faunos sedientos de amor y ebrios de vino.

Dyonisios permanecía, inmóvil, reclinado en su rico lecho de marfil y sándalo, extraño á todo, como un sonámbulo extraviado en las profusas marañas de un laberinto.

En vano Lais intentó reanimarle.

En vano las manos de la bella hija de Lesbos, manos irreales de luz y armonía, enjoyadas con su propia belleza, se enredaran en una caricia de suavidad á sus cabellos, y las sintió temblar, después, deslizándose como serpientes de tentación y de fiebre, á lo largo de su carne, bajo la seda cálida del manto.

En vano los ojos amados, cambiantes como las linfas del sol, ojos que, siendo negros, tenían reflejos azules al encenderse, chispas de oro al entornarse y verdores de planta acuática en la estrábica dilatación del deseo; en vano aquellos ojos se abrieron en claridades fosfóricas, mirándole con una fijeza irresistible, húmedos de ternura, extenuados en una invitación desesperada, hasta encerrarse en el divino simulacro, bajo el temblor de los párpados agonizantes.

Los labios temblaron, sangrando besos, como los bordes de una herida fresca, dejando ver entre la nacárea blancura de los dientes la llama sutil y móvil de la lengua, esperando la avidez de los besos mortales. Y los brazos ebúrneos, cargados de manillos de oro resplandecientes de escamas de pedrería, intentaron inútilmente enroscarse á su cuello, invitándole á apurar sobre las erectas magnolias de los senos del licor sagrado que da la vida y que á veces también causa la muerte.

Los ojos fatigados de Dyonisios se clavaron en

las hondas pupilas absorbentes, hallándolas tan extrañas, tan otras, que volvieron á cerrarse para continuar mirando á su interior los confusos y remotos panoramas de su ensueño.

Lais inclinó la frente, y curvando su grácil cuello de cisne, besó con suavidad los párpados herméticos, maternalmente, como si fuesen los de un niño enfermo á quien se teme despertar.

Dyonisios sentía su carne muerta en la gárrula banalidad de aquel festín, donde las líneas clásicas de la belleza saltaron brutalmente rotas, con los pedazos de la primera ánfora que un convidado ebrio arrojó sobre el policromo mosaico del pavimento.

Se daba asímismo la sensación de ser alguna de aquellas viejas momias enfajadas de ungüentos, que en sus viajes al país de los Foraones había visto tantas veces, presidiendo los más equívocos y escandalosos banquetes.

Su espíritu le abandonaba, arrastrado por ignotos impulsos hacia vértices desconocidos, desde los cuales veía los objetos y los seres como á través de altas aguas turbias.

Y á veces la figura apostólica de Pablo de Tarso aparecía nebulosa, con los brazos tendidos hacia el cielo, como señalándole un nuevo aromo á su espíritu, anhelante de fúlgidas metas de reposo.

Los esclavos cambiaban las últimas coronas á los convidados.

Céleres niñas, desnudas, con los cabellos enguirnaldados de narcisos, escanciaban con bellos gestos escultóricos, en frágiles vasos corintios, ventrudos odres de Chipre y de Samos.

De los trípodes de plata oxidada subía el humo azuloso de las resinas de Oriente.

La música de perfumes y de agua de los surtidores refrescaba la pesadez del aire, mientras la lluvia de pétalos de rosa descendía de los velarios de seda, cada vez más suave, en un revuelo acariciante de alas de mariposas.

Dorión, un joven de ambigua belleza dionisiaca, envuelto en una túnica de púrpura franjeada de oro, pesada y suntuosa como la de un sátrapa, con los brazos, las piernas y las orejas agobiadas de ajorcas y pendientes, levantándose perezosamente sobre el codo, dijo de pronto á Licino, célebre filósofo cínico, que en el lecho cercano se rascaba la áspera y punzante maraña de las barbas.

— ¿Por qué, mi pobre amigo, andas así, desgreñado, descalzo y sin túnica?

— Porque así me encuentro bien. Tengo lo preciso. Á mis pies les basta con la tierra que pisan, y á mi carne con este manto raído y agujereado, como el de uno de esos mendigos que te asaltan por las tardes, en la vía de los perfumistas, y junto al muro de cerámica, inquietándote con la exhibición de sus llagas y la implorante salmodia de sus súplicas. Mas ¿crees,

por ventura, que mi cuerpo está más deteriorado que el tuyo?

— No. Pero rechazas inútilmente todos los dones que los buenos dioses prodigan, á manos llenas, sobre los mortales, para atestiguar su poder y misericordia. Eres lo mismo que el infeliz desfallecido de hambre, que en vez de aceptar las viandas que una mano caritativa le ofreciera las arrojase á los perros famélicos que vagan hociqueando, al amanecer, en los despojos de los mataderos y entre la basura de los mercados.

— No desprecio nada. Mas no soy como vosotros que amáis lo superfluo sobre todas las cosas y hacéis de vuestros semejantes asnos de carga, obligándoles á llevar colgadas al cuello vuestras literas.

Las mujeres tienen más necesidad que los hombres, y los débiles más que los fuertes. Los dioses no tienen ninguna.

¿Tú crees que á Hércules y á Teseo les obligó la necesidad á ir sin más vestidos que las pieles de las fieras y de los monstruos que ellos mismos desquijaban?

Poseían las riquezas y el poder, y, sin embargo, quisieron andar así; y antes se dejarían rasurar sus melenas los leones que ellos sus barbas.

Las mujeres, á su lado, sentían el acre y potente olor á macho, y les amaban.

Lais, la famosa cortesana, prefirió siempre las rudas caricias del inmundo Diógenes á los refinamientos del elegante Aristipes.

Vuestro aspecto recuerda al de los bardejos que se ofrecen por unas cuantas baratijas en los muelles de Alejandría y de Corinto, y á la entrada de la puerta de Dífilo, compitiendo en fastuosidad con las más ricas prostitutas.

Á fuerza de acicalaros habéis perdido la virilidad de las antiguas estatuas. Si hoy no existen escultores dignos del preclaro prestigio de este nombre, es porque han desaparecido las bellas formas heroicas.

Vestís como las hetairas y acabaréis por cubrir vuestras cabezas con las doradas pelucas cortesanas.

Nada os conforma y de todo os quejáis, impertinentes como niños y lacrimosos como plañideras.

En las antiguas aljabas se enmohecen las flechas, porque vuestros brazos no pueden tender el arco glorioso de nuestros abuelos.

Rechazáis el óleo fortificante y los alegres juegos del gimnasio, ungiendo vuestros miembros con los más exquisitos perfumes y deformándolos en la ociosidad.

En vez de alzaros virilmente contra el poder de Roma, doblegáis el cuello bajo el látigo de los Procónsules. Y desde la cima del Capitalio, la loba romana, señora del mundo, se ríe despec-

tivamente de vuestros gestos de histriones y de vuestros panegíricos de sofistas.

Ignorantes del verdadero camino, seguís sólo el que os marcan vuestras necesidades, incapaces de domeñarlas, os dejáis esclavizar por ellas.

Os semejáis á aquel pobre hombre de la fábula que montó un potro sin domar.

Un amigo que casualmente pasaba le preguntó.

— ¿Dónde vas?

Y el infeliz, temblando de miedo, le respondió, señalando su cabalgadura.

— ¡Dónde ésta quiera!

— ¡Que no grazne más ese grajo!, interrumpió la voz áspera de un comensal.

Dorión le arrojó una ostra, y Glycera el pedazo de melón que tenía entre los dientes.

Licino sorbióse filosóficamente la ostra y terminó de apurar la raja de melón.

— ¡Á bañar á ese perro sarnoso! ¡Á bañarle!, vociferó Glycera.

Y las cortesanas, desgreñadas, con los senos colgando por encima de las túnicas manchadas de vino, en una furia infernal de gritos y de carcajadas, se abalanzaron sobre el pobre filósofo, dispuestas á consumar la amenaza de algún pletórico tonel.

El mísero Licino se revolvía ridículamente entre aquellas manos ávidas y febriles, que le

estrujaban, arrancándole á jirones el manto y dejando al descubierto, entre los harapos, su áspero pecho de jabalí y sus lanudas patas de chivo.

Dyonisios, que había escuchado las palabras del filósofo como si fuese el eco de sus propios pensamientos, se levantó rápido á socorrerle, y con la ayuda de sus esclavos consiguió arrebatarlo á las cortesanas.

Las bailarinas, agotadas por el frenesí de la danza, yacían inmóviles sobre ricos tapices de Persia, mostrando su desnudez marchita y estragada entre jirones de velos desgarrados y fragmentos de flautas y de címbalos rotos.

Algunas teas se consumían arrojando temblorosas zonas de luz sobre las paredes pintadas, como sombras de pájaros errantes que vagasen aturdidos en el aire buscando por donde escapar.

La última perla de la clepsidra marcó la media noche.

IV

Después de la fiesta, cuando las literas de los últimos convidados se perdieron á la luz humeante de las antorchas entre los árboles del jardín, Dyonisios sintió un intenso deseo de soledad, y evadiendo la caricias de Lais, se refugió en el sereno recogimiento de su cámara.

Una vaga inquietud le atormentaba.

Se sentía desterrado de su propia patria. Grecia era para él una inmensa Necrópolis.

Filósofos y retóricos habían acabado juntamente con la Religión y con el Arte.

En sus Templos, cuyos mármoles blanquean en bosques sagrados de laurel, manos fanáticas llegaron á inmolar víctimas humanas en honor de monstruosas divinidades.

Sandalias extranjeras profanaron el misterioso refugio de las Ninfas y de las Musas.

Y hasta sus ruinas eran transportadas en grandes flotas á Roma, para adornar comotrofeos las fastuosas calzadas imperiales.

Nada le ligaba á aquella sociedad degenerada.

Su mismo amor á Lais, más que pasión humana y ardiente, era sólo saudosa nostalgia de los bellos tiempos pasados.

Sus formas eran las únicas que podrían mostrarse desnudas al sol, en medio de la magnificencia de las insignes estatuas.

Amaba en el cuerpo impecable y en el espíritu amplio y armónico de la cortesana, á la Grecia antigua, al pueblo artista que había sabido colocar por encima de todos los cultos el inmutable y divino imperio de la Belleza.

Algo nuevo alboreaba en su espíritu, confusamente, como un sol de invierno entre las nieblas húmedas del amanecer.

Las palabras de Pablo resonaban persistentes en sus oídos. Iban y venían, sordas y tenaces, como el zumbido turbador y monótono de un abejorro, en el sopor de la siesta, junto á los surtidores borboteantes, bajo la sombra recatada de las vides pomposas.

Aquella vida, aquel mundo nuevo que surgía ante su vista atónita, acabó por subyugarle, adormeciéndolo en un sueño diáfano y tranquilo.

En los lampadarios de bronce la luz aletaba como un pájaro moribundo.

Las brisas del jardín entre perfumes enervantes, traían el rumor de la fiesta de los esclavos. Gritos y chillidos, risas y canciones que se

alejaban y se perseguían indistintamente, y sobre las cuales, dominándolo todo, resonaba á veces el largo y estridente alarido de los pavos reales.

De pronto, Dyonisios abrió los ojos, presa de un súbito y brusco sobresalto, como si una mano invisible le despertara.

La obscuridad le envolvía, y sólo allá en el fondo, por el hueco de las ventanas, penetraban el plateado resplandor de las estrellas y el azul profundo del cielo extático.

Un ruiseñor cantaba á lo lejos; y la poesía de aquella música nocturna le impresionó tan hondamente, que permaneció largo tiempo inmóvil, como suspenso en el encanto de sus notas, creyendo descubrir en ellas la clave de un misterio.

Y más bella, más precisa, resplandeciente de blancura en el negror trágico de la noche surgió de nuevo ante su estupefacción una imagen apenas entrevista en las nebulosidades del ensueño.

Avanzaba serenamente, con los brazos abiertos en forma de cruz, por un camino irreal que florecía luminoso bajo el milagro estelar de sus sandalias.

Las manos y el costado manaban tibios hilos de sangre, y su frente se inclinaba resignadamente bajo el dolor punzante y agudo de las espinas.

Llegó hasta el borde mismo del lecho, envolviendo á Dyonisios en la piedad ilimitada de su mirar sereno, repitiéndole, como un eco musical y dulcísimo, las últimas palabras de Pablo.

— Encantos pasajeros de los sentidos : ¿qué sois, comparados con los eternos goces del espíritu?

Él vió claramente la aparición; había sentido en sus sienes calenturientas la misericordia de las manos taladradas, y hasta su aliento respiró un perfume de infinito.

Aun en sus oídos resonaba aquella voz única, voz de consuelo, que parecía envolver en un olvido de sedas y de éxtasis.

Recordaba la historia de Pablo, y la voz misteriosa, y la claridad deslumbrante que le señalaran un nuevo rumbo, y creyó que también á él una mano de luz le indicaba el camino, en medio de la noche obscura de su alma.

Saltó del lecho, ávido de afirmar ó desvanecer aquel ensueño, y mandó á sus siervos preguntaran en la ciudad la posada del Apóstol judío, deseoso de conocer las verdades que predicaba, y ser iniciado en aquel culto que hacía del amor principio y fin de la vida.

— Llevadle — dijo — las palomas más blancas, las pieles más costosas, las joyas más caras...

— Señor — exclamó humildemente, inclinándose hasta casi rozar el suelo con las manos, un

viejo esclavo galileo, — Pablo no admite más presentes que una buena voluntad. Vive con pobreza, y sólo acepta lo indispensable : un cuenco de agua y un pedazo de pan. Si quieres conocerle, yo te llevaré al lugar donde congrega sus fieles. En un extremo de la ciudad, bajo los plátanos del Illiso.

Dyonisios partió con el siervo.

El tráfico empezaba á despertar en las amplias vías de los comerciantes y en los alrededores del Mercado.

Grupos de marineros borrachos regresaban al Pireo, canturreando obcenidades y abrazados á la cintura de viejas prostitutas, cuyos fláccidos rostros, todos ojeras, reflejaban el cansancio y el agotamiento de las largas noches viciosas.

Algunas literas, rodeadas de esclavos, atravesaban las plazas, de vuelta de alguna orgía sostenida hasta el amanecer. Entre los ricos cortinajes de púrpura y oro, se veían á veces ojos cargados de voluptuosidad, ó pálidas manos enjoyadas que se inclinan para refrescar su ardor en el perfume matinal.

Los fruteros abrían con estruendo sus barracas, ó descargaban largas recuas de asnos, mientras los recueros desinflaban á grandes tragos felpudos odres de piel.

En una encrucijada, sombreada de mirtos la blancura de una estatua rasgaba las humeantes neblinas del alba, mostrando al caminante su

plinto cubierto de coronas y de espigas votivas.

Bajo los pórticos del Mercado, vendedores de higos de Smirna disponían en anchas canastillas de mimbre, sobre pomposas hojas de vid, las fragantes mercancías, ensayando sus pregones insinuantes. Y de las entreabiertas barracas de las floristas se escapaba un húmedo perfume primaveral de flores recién cortadas, mientras manos expertas tejían ramos y coronas festoneadas de hiedra y laurel.

Los primeros gorjeos de las golondrinas, que desentumían las alas revoloteando en las altas cornisas, se mezclaban con el canto monótono y repiqueante de las codornices enjauladas.

En algunos umbrales humeaban, sobre trípodes de bronce, braseros de incienso, y las guirnaldas que festoneaban sus puertas parecían revivir milagrosamente en la frescura matutina.

Á orillas de una fuente, un rebaño de cabras ramoneaba en los zarzales floridos.

Á lo lejos, envuelto en la claridad dorada del día, centelleaba con su blancura intacta de nieves inaccesibles el Partenón. En sus muros resonaban ya los primeros golpes de las piquetas que le despojaban de alguna nueva estatua,d e algún friso, para ofrecerlo después en nombre de la Ciudad al Procónsul romano.

V

Fuera de las murallas, en la explanada sobre el Illiso, bajo los mismos plátanos donde un día volaron las palomas á picar trigo en las manos de Platón, Pablo, sentado en la escalinata de mármol de un templo derruído, hablaba á la muchedumbre.

Los primeros reflejos solares bañaban de oro la copa de los árboles, y las últimas neblinas se deshacían en el glorioso triunfo de la luz, humeando allá abajo, en los vallados de los pomares y de los huertos, en las cercas de los jardines y en los bosques de laureles y de adelfas, entre las cuales serpentean la plateada corriente del río.

Un perfume intenso á naranjos y limones maduros, mezclados con el vaho húmedo de la tierra mojada y los lejanos efluvios salinos que venían del mar y el aliento cálido de los jardines cercanos, flotaba pesadamente en el aire.

Dyonisios se detuvo un momento.

Á su orgullo patricio repugnaba el contacto de aquellas gentes abyectas y humildes que en el más religioso de los silencios escuchaban las palabras del Apóstol.

Eran esclavos escapados de las ergástulas, mostrando algunos, entre las cicatrices de las quemaduras, los sangrientos muñones de los brazos mutilados. Libertos miserables, sórdidos traficantes, jornaleros de manos callosas, marineros de piel tostada por el sol de todas las latitudes; rameras envejecidas en su oficio, cuyos senos fláccidos colgaban por encima de las túnicas descoloridas como frutos secos exprimidos por las manos y por las bocas de todos los caminantes; soldados bárbaros que, bajo las escamas de sus corazas, relucían al sol como monstruos marinos; mendigos, ciegos y paralíticos, entre los cuales se veía á veces, apoyada sobre el tronco de un árbol, la austera silueta de algún filósofo... Toda la hez de la ciudad y de un pueblo abierto á las galeras de todos los países.

Un olor acre de sudor y de miseria exhalaba aquella multitud abigarrada. Dyonisios sintió una viva ansia de regresar á la ciudad. Una misteriosa atracción detenía sus pasos, y apoyándose en el pedestal de una estatua mutilada se dispuso á escuchar.

Pablo, en medio de un coro de discípulos ávidos, cuyos ojos seguían atentamente las parábo-

las que en el aire trazaban las apostólicas manos de garra, refería uno de los más bellos momentos del Maestro Divino.

« Resplandecían las lejanas montañas envueltas en la polvareda de oro del Sol de Nizam.

Largas caravanas de camellos se perfilaban lentamente entre las arenas calcinadas.

Grupos de mujeres, con el ánfora al hombro, regresaban cantando de las cisternas.

Un águila negra, una de esas voraces águilas que anidan en los altos promontorios del Galilea cerniéndose majestuosa en el azul, proyectaba movibles sombras sobre la tierra.

Jesús, en compañía de tres de sus discípulos, iba á Betlem, llamado por una pobre viuda cuyo único hijo agonizaba invocando febrilmente el nombre de aquel dulce Rabbí de Galilea, tan amigo de los niños á quien viera una tarde, junto al brocal del pozo de Jacob, curar con el solo bálsamo de sus palabras á un viejo pastor de la Idumea, mordido en el brazo por una serpiente venenosa.

Hablaba de la caridad.

Sus ojos ardían como soles bajo la sombra obscura de las pestañas.

Sobre la túnica blanca con franjas cenicientas, flotaban desparramados sus cabellos. Y el viento de la tarde estremecía y hacía ondular sobre el pecho su larga barba de nazareno, puntiaguda y acaracolada.

« Sé generoso, decía, pero no humilles al desvalido con tu generosidad. »

« Cuando dés limosnas no mandes tocar delante de ti trompetas de plata, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas. Socorre en secreto. Aquel que oye y ve en secreto te recompensará. »

Su voz era lenta y suave.

Las mujeres se paraban para oirle, mirándole con los ojos húmedos de ternura. Los niños corrían sonrientes á besar las orlas de su manto. Desde los sembrados próximos, los labradores le saludaban agitando los brazos :

« ¡ Se están cumpliendo las profecías ! Hosanna al hijo de David, al enviado del Señor. ¡ Hosanna !... ¡ Hosanna !... ¡ Hosanna !... »

Jesús continuaba :

« No seas como esos ricos, licenciosos y avaros, que alimentan á sus siervos con las sobras de sus festines. Sienta á los desheredados á la mesa de tu corazón, y comparte con ellos tu pan y tu vino. Si ves á tu hermano llorar, no intentes consolarle con prudentes palabras... Llora con él... Esta es la verdadera caridad. »

Caminaba lentamente.

Bandadas de cigüeñas brillaban al sol como flechas de oro.

Los rebaños sesteaban á la sombra de los olivos polvorientos.

Un pastor tañía un rabel á compás de una

monótona canción patriarcal, en la que se hablaba de tiendas plantadas en medio del desierto, de noches de luna, de maná del cielo, de leche de camellas; y de vírgenes prudentes que encienden su lámpara esperando la llegada del esposo prometido.

Atravesaron campos sembrados, viñedos en flor, donde las tórtolas gemían, jardines cubiertos de lirios.

De pronto se detuvieron á orillas de una fuente que brotaba, en un hilo quejumbroso y trémulo, entre la hendidura de las rocas.

En un ángulo del camino, al pie de una cabaña cubierta de hojas secas de palma, un leproso, desgarradas las vestiduras, inmóvil y de rodillas, aullaba lastimeramente con las manos y los ojos elevados al cielo.

Su rostro relucía al sol como un bronce antiguo carcomido por la herrumbre. La frente era una sola llaga. Los labios se caían á pedazos lívidos y purulentos...

Mateo el Publicano, uno de los primeros discípulos, que era rico en viñas y granadas y tenía además una tienda de perfumes en el Atrio del Templo, sacó de entre los pliegues de la túnica una moneda de oro, y desde lejos, haciéndola girar en el aire, se la arrojó al leproso.

Pedro, el más rudo y hábil de los pescadores de Cafarnaum, quitóse del brazo el cesto de las provisiones que llevaba para el camino, y acer-

cándose cautelosamente lo colocó junto al umbral de la cabaña.

Juan, el más joven y bello de los discípulos, el predileto, aquel cuya cabeza de niño había sido tantas veces acariciada por manos divinas, desprendióse del manto de lino que flotaba sobre sus hombros, y andando con el extremo de las sandalias y extendiendo temerosamente los brazos, lo dejó caer con la punta de los dedos sobre la espalda del leproso.

Sólo faltaba el óbolo de Jesús.

El sol empezaba á declinar, coronando de rosas sangrientas las cumbres de las montañas vecinas.

Unos mercaderes se detuvieron á dar agua á sus camellos.

El Rabbí avanzó serenamente. Su perfil aquilino se destacaba majestuoso, nimbado por el último rayo del sol.

Alzó entre sus manos sagradas la cabeza monstruosa del leproso, inclinó la frente y le besó en los labios.

Los discípulos se quedaron inmóviles.

Los mercaderes, espantados, cayeron de rodillas, con las manos tendidas al cielo... Y hasta los camellos alargaron hacia Jesús sus melancólicas cabezas pensativas, en cuyos belfos temblaba un hilo de agua.

VI

Dyonisios presentía que algo nuevo iba á florecer en su alma.

La tela de araña del misterio cedía ya bajo la tímida presión de sus dedos ávidos, próxima á rasgarse.

Sus ojos que sólo habían admirado el ritmo de la línea y la magia del color se abrían desmesurados ante horizontes infinitos, esperando la realización del milagro.

La excelsa belleza de Lais le inquietaba. Huía de ella. Muchas noches la sintió gemir de abandono, implorante y desfallecida, á los umbrales de su cámara, golpeando inútilmente las puertas de cedro.

El Pasado le inspiraba un pavor profundo. Temía el recuerdo, viendo en todo una amenaza y un peligro para su nueva fe.

Las últimas palabras de Pablo, al despedirse una tarde bajo los pórticos del mercado, acabaron de convencerle.

— ¿Qué dirías de un hombre que, al soltar un

ave á la libertad del vuelo, colgase de sus alas las más pesadas joyas?

Así los deleites del mundo estorban para llegar al cielo.

Renuncia á todo, y todo será tuyo.

Vete el desierto.

En el silencio de la soledad Dios hablará por fin á tu alma, purificada, por la penitencia de toda escoria terrena.

Y en la severidad de estas palabras creyó adivinar un mandato tácito.

— ¡ Es preciso, Señor, es preciso ! Todo cuanto me rodea me recuerda la inutilidad de mi vida.

Y una mañana, cuando los gallos y las alondras presagiaban la aurora, abandonó su morada, sin otros bienes que su cayado y su sayal, camino de los desfiladeros de la Tesalia.

De rodillas sobre un alto peñasco, con los ojos y las manos elevadas al cielo, el penitente oraba.

Nada al principio turbó el uncioso recogimiento de su espíritu. Pero bien pronto las Tentaciones, rasgando las sombras de su memoria, se acercaron, andando sigilosas, á hablarle al oído.

Era toda su vida, que surgía de nuevo, materializada en diabólicas imágenes.

Se vió otra vez amado de los dioses, en plena adolescencia, fuerte y bello, cuando el misterio del sexo no había turbado aún las puras líneas de sus miembros.

Era músico durante el día. Cortaba las cañas más bellas y, combinándolas sabiamente, ensayaba en ellas los rumores que arrancaba el viento á los altos cañaverales animados.

De noche estudiaba el curso de los astros, prefiriendo siempre las constelaciones femeninas. Seguía el rastro de la cabellera de Berenice ó los contornos del cuerpo de las Vírgenes. Encontraba entre ellas y su espíritu afinidades interiores, y contemplándolas recordaba aquella joven desnuda, sorprendida por él en las márgenes del río.

Una noche, á la entrada de un bosque, de mirtos, volvió á aparecérsele.

Á través de las vestiduras sutiles era más vivo é intenso el perturbador encanto de su desnudez.

Sus miembros largos y opulentos, evocaban la imagen de aquellas grandes ánforas, á cuyos cuellos los aldeanos ceñíanles coronas de violetas y ciclamos.

Ella le cantó al oído con una voz tan cálida que abrasaba su sangre, haciéndola hervir en las venas trémulas.

— Han pasado los tiempos en que las diosas se entregaban á los hombres y los dioses violaban las mujeres. Sólo tú, tan joven y tan puro, podrás darme la ilusión de haber poseído á una diosa. Las ondas de los vastos ríos me acogieron sin fecundarme, y en vano me ofrecí al alma de

Zeus bajo la lluvia candente de los cielos. Mas tú fecundarás mis flancos que, semejantes á la cuenca de suaves colinas, esperan el empuje del río vigoroso y pródigo.

Y rasgando la túnica, se le ofreció desnuda bajo la alucinante fosforescencia lunar.

Él, cayendo de rodillas, quiso colocar sobre la testa, toda tremante, una corona de narcisos, como los aldeanos en las asas de las ánfaras colmadas.

Mas ella, resbalando, le acogió sobre sus carnes prepotentes y, en un abrazo extenuante y doloroso, le condujo hasta los últimos límites del placer.

Y después, mil visiones violentas, mezcladas las unas con las otras en gestos y actitudes que apenas recordaba, y sobre ellas, resumiéndolas todas, extrañando en su cuerpo todo el encanto diabólico de la lujuria y del pecado, la imagen de Lais.

Le perseguía constantemente, rozóndole á veces, con el ardiente recuerdo de su carne tibia y perfumada. La veía, acechándole á las orillas del camino, á la entrada de la gruta, tendida al pie de la cruz de madera.

Á lo lejos, bajo los pámpanos estremecidos, reían los sátiros burlonamente. Las ninfas, alegres, con sus sonoras carcajadas argentinas, estremecían los claros cristales de la fuente. Y el viejo Pan, saltando ebrio al son de la flauta de

caña, hacía danzar, entre sus patas tuertas y lanudas, remolinos de hojas secas.

En las noches de quietud y de silencio, cuando se oyen descender, temblando, los rayos de la luna, la aparición era más alucinante.

Se le acercaba, sonriente, tendiéndole los brazos; erectos los senos de rosa, llameantes los ojos de cantárida.

Él, aterrorizado, huía. Huía, santiguándose, con los cabellos tendidos al viento, perseguido por su sombra, que tomaba en la carrera aspectos monstruosos.

Atravesaba las montañas, desgarradas las vestiduras, los pies ensangrentados, turbando con sus gritos angustiosos el sangriento ensueño de las fieras.

Por fin se ocultaba, trémulo, entre las rocas, y allí permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, sin atreverse á respirar. Al día siguiente se maceraba hasta que, cubierto de sangre, caía desplomado en su lecho de piedra. Y así, á fuerza de maceraciones y de ayunos, intentó domar las lujuriosas rebeldías de su carne.

VII

Lais, á la sombra de un rosal, acariciaba voluptuosamente los vértices de su seno contra la piel sedosa y tibia, casi viva, de una pantera.

Con las aletas de la fina nariz dilatadas, como para aspirar mejor su propia lujuria, sonreía, humedeciendo la quemadura roja de los labios, con la vivacidad de su lengua de serpiente, acostumbrada al sabor acre de los besos sangrientos.

Los rosas parecían crepitar de fiebre en el hervor del sol, y en torno de los cálices el zumbido de las abejas tenía la turbadora inquietud de un amodorramiento.

Á lo lejos, en la paz tórrida de los viñedos, adormecida por la distancia, desfallecía la voz de una flauta, bajo la pereza perfumada y cálida de aquel medio día estival.

Las cigarras envenenaban el aire con el opio de su sopor somnoliento y pesado.

La cortesana agonizaba bajo la tenaz voracidad de un deseo único.

Su torso se contrajo en un encorvamiento de felino, los senos se plegaron sobre la piel, y por los anchos flancos estremecidos y á lo largo de sus piernas ágiles y egregias, pasaron en un temblor tumultuoso de muerte las últimas convulsiones del deseo.

El sol, filtrándose por los rosales, leonaba con manchas de luz la albura unánime de su desnudez estatuaria.

Hubo una pausa de agotamiento y de reposo.

La carne insaciable de la cortesana pedía besos sobrehumanos. Bajo la herrumbre de oro de las axilas, se dibujaba sobre la piel la curva rosada de los senos.

Toda una vida de voluptuosidad surgía de las profundidades de su memoria, como una alegre fuga de bacantes ebrias escapadas de brazos infatigables y faunescos.

Á los doce años, siendo esclava de Pompilio, se dejó violar por un vendimiador á la sombra de los pámpanos lujuriantes.

Recorría aún su carne aquel primer estremecimiento.

Tembló de espanto, hasta cerrar los ojos, al sentir en los senos aquellas manos velludas y pegajosas que exhalaban un agrio olor á mosto.

Cayó de espaldas bajo el resoplido fatigoso y cálido del sátiro, violentada su carne por un desgarramiento doloroso.

Después, algo así como si unos labios voraces

absorbiesen toda su sangre, hasta dejarla exhausta, bañada en un sudor frío sin fuerzas ni aun para entreabrir los párpados.

Luego se encontró con Dyonisios. La noche en que, presa de una viva inquietud, llamó á su cámara, y conoció entre sus brazos todas las turbulencias del deseo.

Al recordarlo ahora, su sangre hervía con tal violencia, que sobre la blanca epidermis se esculpía nítidamente el azuloso relieve de las venas.

Y por último, aquella inconcebible fuga del amado... El despertar zozobrante como si un presentimiento le arrastrara... Descalza, apagando en la frialdad del mosaico el ardor de los pies, empujó la puerta, y á la luz grisácea del alba halló la estancia desierta y el lecho intacto.

Recorrió toda la casa, llamándole hasta enronquecer, mesándose los cabellos y golpeándose el pecho con una furia de tragedia.

Y así pasó días y meses, á solas con su locura, interrogando inútilmente al destino.

Mandó cuadrillas de esclavos en su busca, y al regresar, después de varios días, tostados por el sol, ensangrentados por las largas jornadas á través de caminos pedregosos, como no trajeran noticias del fugitivo, les mandó crucificar. Y sus gritos de angustia y de desesperación se mezclaron con los ayes y las contorsiones de agonía de aquellos desdichados.

En vano pidió la protección de los dioses.

Sobre el altar de Afrodita humearon inútilmente las más valiosas ofrendas votivas.

Creyéndole muerto, le mandó hacer fastuosos funerales y cientos de plañideras se desgañitaron en torno de un túmulo digno por su riqueza y su grandiosidad de encerrar las cenizas de Mausoleo.

Al fin, tuvo que buscar en el aturdimiento de los festines el olvido momentáneo de su dolor.

Sus flancos ágiles y robustos soportaron el ímpetu de millares de machos vigorosos. Atenienses de rostro de niños; latinos que palidecían entre sus brazos; hombres rubios del Norte, cuyo abrazo supremo le hacía crujir los huesos y marineros que la descoyuntaban queriendo saciar en unas cuantas horas las forzosas abstinencias de las largas travesías.

Era, sin duda, la más bella mujer de Atenas.

Los que la habían poseído la comparaban á Afrodita, y no volvían á envidiar á Anquises, amante de las diosas.

Los mercaderes asiáticos abandonaban en sus manos las púrpuras más bellas y las gemas más preciosas. Y delante del umbral de su casa ardieron constantemente los braseros de incienso.

Un día, ciega, bajó á la ergástula y se entregó á todos los esclavos.

Cuando la dejaron exámine, rendida sobre el pavimento, los mandó arrojar vivos á las piscinas para alimentar á sus morenas.

El recuerdo de Dyonisios le enloquecía.

Lo llevaba grabado á fuego en su carne y su alma.

Lo veía en sueños, reconociéndole en el ardor insaciable de sus caricias, en la languidez extenuante de sus besos febriles.

Y muchas noches despertó entre los brazos de sus amantes de unas horas, llamándole con los más dulces nombres.

Era una obsesión perpetua de su carne y de su alma, que le hacía á veces recluirse en el silencio de su cámara, para entregarse á su recuerdo en el sueño con la misma impetuosa vehemencia en que se había entregado á sus lujurias en la realidad.

Y surgía de estas soledades aún más extenuada y ojerosa que después de varias noches de orgía.

En vano los espejos de plata bruñida que le presentaban diariamente sus esclavas al vestirla, le hacían ver los estragos que aquel duro amor inexorable iba dejando en su rostro y en su cuerpo.

Aquella inmolación de su propia belleza le parecía aun poco en holocausto del desaparecido.

Entre todos los hombres que la frecuenta-

ran, no encontró uno solo digno de suplantarle.

Los hallaba ó demasiado débiles ó brutalmente groseros, incapaces por lo tanto de apagar la sed infinita de amores que le consumía.

En vano apuró los más extraños filtros preparados por viejas Circes.

Las palabras de Dyonisios le perseguían aún en medio de los aturdimientos del placer, irritándola y exasperándola como un enjambre de abejas coléricas y hostigadas.

El eco de aquella voz inefable la sentía correr por sus venas, dilatándose á través de su sangre y abrasándola toda en un anhelo imposible.

Los rosales del jardín se marchitaron y volvieron á florecer tres años seguidos sobre su dolor.

Y el cristal de las fuentes tembló bajo la amargura de sus lágrimas.

Fué á consultar con una hechicera de la Tesalia.

Aquel antro removido y húmedo como una tumba recién abierta, heló su sangre paralizando todos sus miembros en un estupor de hielo.

En el fondo, al resplandor sangriento y humeante de cuatro teas de resina, el cuerpo sarmentoso de la vieja se retorcía en las torturadas espirales de su locura epiléptica.

La boca desdentada contraíase en el furor de las imprecaciones, y sus manos esqueléticas traz-

ban extraños signos con un caduceo al que se enroscaban dos negras serpientes.

Sobre un trípode de barro se consumían chirreando entre las ascuas mortecinas las entrañas de un cuervo.

Un hedor punzante y grasiento á vísceras quemadas aderezaba la pesadez del aire.

En la obscuridad agorera aleteaban sombras de murciélagos y relucían á veces como carbunclos las pupilas fatídicas de los buhos.

Lais sentíase temblar de pavor hasta en la raíz de los cabellos.

La vieja continuaba descoyuntándose en el vértigo de una danza macabra, lanzando de vez en cuando guturales palabras incoherentes.

De súbito quedóse inmóvil, recostada sobre el muro del fondo.

Las dos serpientes, desarrollándose del caduceo, se enroscaron en sus brazos, alargando las achatadas cabezas hasta introducir sus lenguas triangulares en los oídos de la hechicera.

Una ráfaga de viento apagó las teas, aventando las cenizas del trípode.

Y una voz sobrehumana resonó en la obscuridad.

Parecía la voz de la sombra misma :

— Dyonisios vive. Le veo á lo lejos de rodillas sobre un alto peñasco, orando á un Dios que no es nuestro...

Lais no pudo saber más. Pero fué lo bastante

para que una terca esperanza llenase de inquietud y de impaciencia sus horas.

Poco después, un esclavo judío aseguró haber oído el nombre de su señor en un ágape de cristianos.

Entonces Lais comisionó á dos siervos para que indagasen su paradero, ávida de arrancarle de manos de aquellos hombres torvos que, á decir del vulgo, profanaban las sepulturas, violaban las estatuas de los dioses y celebraban monstruosos festines nocturnos, inmolando niños y doncellas para aplacar con su sangre inocente la terribles cóleras de su Dios implacable...

De pronto resonó en el jardín un tumulto de voces y pasos precipitados. Y abriéndose camino á través de los rosales, dos esclavos cayeron de rodillas á los pies de Lais, agitando en sus manos el ramo de oliva de las buenas nuevas.

— ¡ Alégrate, hija de Venus ! Dyonisios vive. Las Parcas tejen aún su vida. Un penitente cristiano, á quien hallamos orando, al salir el sol, en la falda de un monte, nos dió noticias suyas. En el fondo de un valle, entre matorrales agrestes, hace tres años que vive recluído un solitario, cuyas señas coinciden con las de nuestro señor.

Lais no quiso saber más.

En exaltación plena de su alegría, estuvo á punto de echarse en brazos de los siervos.

Se alzó rápidamente; mas doblegada por lo

intenso de aquella emoción inesperada, perdió las fuerzas y tuvo que apoyarse, para no caer, en el rugoso tronco del rosal centenario. Y así, desnuda, bajo la luz gloriosa, semejaba una florea estatua de Venus, cincelada en mármol rosa por el capricho de algún escultor insigne, que quiso ponerla como custodia del arbusto consagrado á su culto.

Algunos pétalos, agotados por el Sol, descendieron sobre ella, enredándose en el oro enmarañado de sus cabellos.

Sobre el tritón de pórfido de una fuente, un pavo real, extendiendo las sedas tornasoles de su cauda, atronó el silencio con la salvaje estridencia de sus alaridos.

Enmudecieron asustadas las cigarras, y hubo un momento en que sólo se sintió el palpitar del silencio en los temblores de las aguas y en el estremecimiento cálido de la brisa.

Sobre la fuente revoloteó una paloma, como si le trajese un mensaje de la diosa.

Lais, sonriente, crédula del angurio, la vió alejarse en el azul, siguiendo con los ojos las sombras que su vuelo proyectaba sobre los rosales.

VIII

Al atardecer del día siguiente Lais salió de Atenas acompañada de sus esclavos.

Caminó toda la noche por agrestes senderos.

Los rebaños, balando, descendían de las negras montañas, entre nubes de polvo.

Á veces turbando el rumor melancólico de las esquilas, resonaban los ladridos de los perros, que, en un claro del bosque, ladraban á la luna.

En torno de las hogueras llameantes, los pastores danzaban al son de los pífanos. Y el eco pastoril de sus canciones se perdía vibrando en las oquedades de los montes y en el mar rumoroso de las selvas taciturnas.

Al amanecer, cuando aún no se habían apagado las últimas estrellas, llegó al retiro del penitente.

Iba vestida con sus mejores galas; ungida y perfumada como para un desposorio.

En sus cabellos, teñidos de añil y ligados con lazos de púrpura, resplandecían cigarras de oro esmaltadas de piedras preciosas.

Á sus brazos y á sus piernas marmóreas se enroscaban serpientes de pedrería.

Un velo tan sutil como el aire envolvía en una nube azulada las rosas pálidas de su carne.

Esclavos coronados de pámpanos, pendiente de los hombros pieles de pantera, la seguían, agitando sus tirsos florecientes, cuyas piñas de oro describían en el aire augurales parábolas de luz.

La lira de Apolo exhalaba la dulzura de sus evocaciones, á las caricias sabias de móviles dedos expertos. Y al alma de Pan resucitaba hecha armonía en los registros de las flautas bajo el aliento cálido de los flautistas.

Dyonisios, de rodillas, con los brazos abiertos y las pupilas fijas en el cielo, llamaba con voz tan apagaba, que parecía venir de las profundidades de un sueño.

— ¡Misericordia, Señor, misericordia para este pobre pecador!

Su rostro demacrado ardía en el fervor de la súplica, pidiendo protección al cielo contra aquellas apariciones monstruosas que se reían de su piedad, aullando de noche en la soledad de su retiro, como hienas famélicas en torno de un cadáver.

¡Lais, siempre Lais! Todos aquellos seres monstruosos tenían algo suyo. Bajo sus pieles de bestia, transparecían las carnes amadas; y los ojos diabólicos que le cercaban, fosforecían al

mirarle, como aquellos que tantas veces había cerrado con sus besos.

Cuando más profundo era su recogimiento, cuando ya casi presentía el soplo del espíritu del Señor, una carcajada sardónica se escapaba de su garganta, como si dentro de él todos los engendros del Mal gozaran martirizándole.

Y su cuerpo entero se estremecía, y el arco de la voluntad temblaba, próximo á romperse, bajo el impulso de aquella risa.

Y un imperioso deseo de huir le arrebataba, de abandonar aquella vida, sintiéndose incapaz de resistir por más tiempo el martirio inaudito de sus fragelaciones y de sus recogimientos.

Entonces parecía que en el aire se abrían bocas para besarle, labios cuyo aliento le erizaba los cabellos, quemándole, envolviéndole en caricias de fuego.

Los brazos de Lais los sentía tenderse á su cuello, desde profundidades desconocidas y en su carne resucitaba los antiguos ímpetus, y el encorvamiento de su torso era tan violento que hacía pensar en los esfuerzos de los novillos bravíos al ser uncidos por primera vez al yugo.

Pero su espíritu se sublevaba de nuevo contra la tentación, forcejeando con su propia carne, con tal energía, que recordaba los salvajes pugilatos de los primitivos atletas.

El esfuerzo era tan doloroso, que hasta sentía

crujir descoyuntado su cuerpo y estallar la sangre en las venas congestionadas.

Su fervor no admitía tregua. El enemigo espiaba sus más pequeños movimientos para apoderarse de su alma y torturarla.

Lais se aproximó queda y lentamente.

Sus senos palpitaban; sangre de amor encendía las mejillas, y, sus pies, al posarse temerosamente en el suelo, tenían estremecimientos de deseo.

Las esclavas danzaban sobre pieles de pantera y entonaban en voz baja las primeras estrofas de un himno á Venus.

La voz de las flautas parecía hecha de suspiros.

Dyonisios tembló de espanto, y sin volver la cara, apretando los ojos y los dientes, en un esfuerzo supremo de voluntad, como queriendo ahogar en la exaltación de sus palabras la tentación de aquella música, salmodió desesperadamente.

— ¡Misericordia, Señor, misericordia!

Los brazos de Lais se enroscaron á su cuello.

— ¡Salve, Salve, Afrodita, hija de los mares, alma del mundo! — cantaban las voces femeninas en su júbilo triunfal, á compás de las liras y de las flautas.

Y la dulzura cristalina de su acento se perdía volando en el cielo sereno, con el primer cántico de las alondras.

— ¡Salve, Salve Afrodita, madre de Eros, corazón de Olimpo! — contestaban los hombres en un crescendo sonoro, golpeando, frenéticos el cuero tirante de los panderos y agitando violentamente los tirsos cargados de dones.

Dyonisios se volvió lívido, con los ojos desencajados, en la locura de aquella aparición más precisa, más real que todas las visiones que antes le perturbaran.

Por su faz corría un sudor de palideces mortales.

En el temblor de sus brazos y en los estremecimientos convulsivos de todos sus miembros, se retorcía el más espantoso y cobarde de los terrores.

Rechazó á Lais bruscamente, en un arranque de fiera acorralada por la jauría. Y no hallando otro refugio contra aquella diabólica tentación que se levantaba y corría hacia él suplicante y amorosa con los brazos tendidos y los ojos humedos de lágrimas, se arrojó en medio de unas zarzas.

El sol se asomó al horizonte como para iluminar un misterio.

Las flautas enmudecieron de repente, y hasta el viento perfumado que descendía de las altas montañas se detuvo temblando.

La naturaleza entera se sobrecogía ante el estupor del milagro.

Lais cayó de rodillas, inclinándose en un

humilde gesto de adoración hasta besar la tierra.

De las manos aterrorizadas de los esclavos, se escaparon los tirsos...

Las zarzas donde el penitente se revolcaba se iban cubriendo de rosas, de rosas de sangre, cuyos pétalos luminosos se abrían lentamente á los sones de una música inefable y misteriosa que bajaba del cielo.

LA VENGANZA DE AISCHA

LA VENGANZA DE AISCHA

I

Almanzur era Schaij de la tribu de los Beni-Muzas, la más aguerrida y numerosa de cuantas pastaban sus rebaños en las secas llanuras del Oriente del Hedchiar, más allá de los altos muros y de los fértiles valles de Medinat-Nervi, la ciudad santa que guarda religiosamente las cenizas del Profeta.

Descendía de una de las más nobles familias del Islam.

Su abuelo, Omar ben Wahid, el Zaharita, había sido uno de los primeros y más fieles discípulos de Mahoma, y en la famosa derrota de Ohod sostuvo entre sus brazos el cuerpo del Profeta, cuando éste, herido de una certera pedrada en la frente, se desplomó ensangrentado de su corcel.

Su padre, Noseir ben Omar, tomó parte en la rendición de Damasco y en todas las cruentas

campañas contra los cristianos de Constantinopla, bajo los gloriosos Califatos de Abu-Berk Omar y Alí.

El mismo Almanzur había hecho su algihed en el Egipto y en el África, á las órdenes de Okba, asistiendo á la fundación de la célebre ciudad de Cairuam, y acompañando á su pariente Muza ben Noseir á la conquista de España. Regresó de estas expediciones cubierto de gloria y de cicatrices, y los ancianos de su tribu le nombraron su Schaij.

Por todo el desierto se extendió bien pronto su fama de hombre justo, y á su tienda venían, á dirimir sus cuestiones, los hombres de los más lejanos países.

Era fuerte, alto y magnánimo.

Jamás su boca pronunció una sentencia que no estuviese ajustada á los más sabios preceptos de la ley Koránica, ni su brazo dejó de prestar apoyo á los desvalidos.

Imposibilitado por el peso de sus noventa años de comandar á sus guerreros, confió esta misión á su único hijo, Muhamed, que por sus hazañas llamaban el Assadi.

Almanzur, como todo buen hijo del desierto, amaba la poesía sobre todas las cosas.

Sentado á la puerta de su tienda, gustaba oir, á la luz de los astros, las maravillosas relaciones de aquellas siete Rasidas que bordadas en oro sobre un manto de seda negra, la admiración y la

piedad de las gentes había suspendido en los muros sagrados del templo de la Kaaba.

Una noche en que rodeado de los principales de su tribu adormecía su alma con el encanto de una de estas narraciones, llegaron á su aduar, tendidos como arcos sobre sus corceles, sudorosos y jadeantes, unos pastores, y descabalgando junto á su tienda, le dijeron, con la voz trémula aún de emoción :

— La gloria de Dios caiga sobre tu frente, Almanzur. ¡El Profeta nos protege! Una caravana, tan extensa que se pierde de vista en los arenales, atravesará mañana á la caída de la tarde, los abruptos desfiladeros de Absub. Nosotros la hemos visto desfilar mientras sesteaban los rebaños á la sombra de las palmeras de Amhed.

Centenares de camellos se derrengan bajo el peso de ricos cargamentos de ébano, tapices, armas, plata, oro, joyas, perfumes y especierías de Saba, Ahsa y de las maravillosas regiones del Hadramant.

Trescientos jinetes armados la custodian. ¿Pero qué son trescientos jinetes armados para los Beni-Muzas, los más duros en el combate y los más generosos en la victoria?

Nuestros corceles no conocen la fatiga ni la sed.

Nuestros brazos son ágiles y fuertes. Saben traspasar con un venablo á los más veloces

avestruces, desjarretan á un toro salvaje y son capaces de desquijar al león más potente.

Almanzur, Dios ha puesto al alcance de nuestras manos la felicidad... ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Un sordo murmullo de aprobación acogió las palabras de los pastores.

En todas las pupilas fulguró la codicia.

Hasta el poeta abandonó su guzla, y se acercó, trémulo de emoción al grupo.

Almanzur irguió su patriarcal figura, é imponiendo silencio con un gesto lleno de majestad y de nobleza, dijo, clara y lentamente, como habla la sabiduría y la experiencia, mientras sus dedos, largos y huesosos, acariciaban los blancos mechones de su barba venerable :

— No conviene derramar estérilmente la sangre humana. Sólo en servicio de Dios se debe prodigar. ¿Por ventura no existen aún en tierras del Islam gentes paganas á quienes debemos exterminar?

La codicia es la más irresistible de las tentaciones. Ella nos desvía del camino de Dios.

¿Acaso valen esas riquezas y aun todos los tesoros de la tierra lo que una sola gota de sangre de los Beni-Muzas?

Y su voz resonaba en el silencio de la noche, bajo el polvo de plata de los astros, con una austera solemnidad profética.

¡Almanzur, padre mío, en el nombre de Dios

escúchame! — exclamó respetuosamente su hijo Muhamed el Assadi, aproximándosele.

— Todos reconocemos y reverencianos la verdad profunda que encierran tus palabras. Pero fíjate en el estado lamentable de tu tribu. Las últimas guerras nos han empobrecido hasta el extremo de no haber podido contribuir á la construcción de la nueva mezquita que ha de encerrar los restos venerados del Profeta.

La sequía agosta nuestros campos y la peste diezma nuestros rebaños. El hambre ha hecho su aparición entre nosotros... Y esa caravana, que la voluntad del Señor pone al alcance de nuestra bravura, puede ser la salvación de la tribu.

— Sí, padre mío — insistió Muhamed; — la necesidad nos apremia.

Dios nos depara esta ocasión para salvarnos de la miseria en que vivimos. Desaprovecharla sería tanto como renunciar á sus beneficios.

Todos asintieron, con un leve movimiento de cabeza á las palabras del Assadi.

Almanzur quedóse perplejo un instante. Las arrugas de su frente se contrajeron en el esfuerzo de la meditación.

Los guerreros aguardaban, inmóviles y mudos de ansiedad, la decisión del noble y sabio Schaij.

Por fin éste murmuró gravemente, levantando los brazos al cielo como el que se decide, con-

tra su íntima voluntad, á quebrantar un voto.

— No quiero oponerme á vuestros designios, que acaso sean también los designios de Dios. ¡Cúmplase su voluntad! Sólo lamento que el agobio de los años y estas viejas cicatrices recién abiertas, me impidan conduciros, como tantas veces, á la victoria.

Mi hijo Muhamed conducirá las huestes.

Id á prepararos para la jornada. Sed esforzados en el combate y magnánimos con los vencidos. Respetad á los niños, á las mujeres, á los ancianos y á los solitarios que sólo viven con Dios.

Guardad siempre la hospitalidad, que es, ha sido y será la más gloriosa herencia de nuestra raza.

Los jóvenes partieron veloces á limpiar sus armas y enjaezar sus corceles.

Todo el aduar se sintió profundamente estremecido por aquel entusiasmo bélico.

En todas partes resonaban órdenes; corrían los esclavos á preparar el pienso de las caballerías, ó cosían, bajo la luna, las correas de las monturas y de los arneses.

Las mujeres iban y venían haciendo brillar bajo los astros las monedas de oro que adornan sus cabellos. Bajo los velos mal ceñidos resplandecían, á veces, los diamantes obscuros de sus ojos voraces.

Los poetas, en medio de un círculo de guerre-

ros, exaltaban las épicas aventuras de Antar, los combates sangrientos y el amor á la gloria y á la guerra.

Los mastines ladraban, alegres, en torno de sus dueños, agitando sus colas y haciendo resonar sus carlancas puntiagudas, y los camellos, arrodillados en las estacadas, estiraban, sorprendidos, sus largos cuellos, al son argentino de sus collares de cascabeles.

Sólo el viejo Almanzur, reclinado sobre un amplio tapiz de Siria, en la puerta de su tienda, permanecía inmóvil y silencioso, como abstraído en la más profunda de las meditaciones.

Entre sus manos sarmentosas se doraban, á la luz de la Luna, las cuentas de ámbar de largo rosario.

Antes de la oración del alba, á los últimos rayos de la Luna, partió la hueste. Eran doscientos jinetes, capaces de recorrer dos jornadas sin sentir fatiga ni sed.

Salieron en grupos, entre gritos de júbilo y exclamaciones de entusiasmo, agitando en el aire sus arcos, sus largas lanzas, ó golpeando con sus corvos alfanjes los escudos.

Al salir de las últimas tiendas, abandonaron las bridas sobre el cuello de las ágiles yeguas, picaron espuelas y se abrieron en semicírculo, perdiéndose á lo largo del desierto, entre nubes de polvo plateado, como una tempestad de hierro y de jaiques flotantes.

Los niños y las mujeres los despedían, agitando los brazos, desde las últimas empalizadas.

Algunos mastines, erizados los lomos, en un esfuerzo supremo rompieron sus amarras, y ladrando, tendidos como arcos, con las colas rectas como timones, se escaparon veloces tras sus dueños.

El viejo Almanzur los contempló partir desde la puerta de su tienda, acariciando suavemente sus largas barbas de lino, y mirando con rencor sus piernas ulceradas donde las antiguas heridas se habían abierto en un florecer glorioso de rosas de sangre.

II

Habíanse terminado las faenas del mediodía.

Un sol de asfixia llameaba en el horizonte.

Los camellos dormitaban de modorra, arrodillados al pie de las empalizadas, con los largos cuellos tendidos sobre la arena.

En torno de las tiendas, bajo los linos de los toldos, jugueteaban las gacelas domésticas. Dando rápidos saltos y alargando sus finos cuellos gráciles refregaban la cabeza en los flancos de las mujeres y lamían las manos de los niños.

Las esclavas acababan de moler el trigo, con grandes mazos de madera, sobre las amplias piedras bruñidas.

En las puertas, bajo los arnafes, humeaban las últimas brasas de la comida.

En algunas tiendas voces soñolientas que embalaban las cunas ó vibraban las guzlas acompañando las viejas canciones de amor y de guerra.

Y en todo ardía gloriosamente el fuego del Sol, reverberando en los metales y arrancando fugitivos relámpagos de fiebre de los grandes ojos tímidos de las gacelas y de las mujeres.

En la tienda de Almanzur reinaba el silencio.

Era una tienda amplia, cónica, alzada sobre secos y rugosos troncos de palmera, cubierta de pieles de leones, colchas y sedas multicolores y tapices bordados.

En la penumbra centelleaban los reflejos acerados de las armas y de los arneses.

Sobre una amplia y casi mórbida alcatifa persa, reclinada en muelles almohadones de Damasco, bordadas en perlas, reposaba Aischa, la núbil belleza salvaje que encierra en la inmensidad nocturna de sus ojos todos los misterios y la fascinación del desierto, y cuyos miembros tensos, fuertes y ágiles evocan la precisión y la gracia de las armas mortales, los bellos arcos de Beit el Faki, y las vibrantes y sutiles flechas de Mareb.

Por el casktan de tisú verde y plata, desabrochado desde la cintura, parecían estallar los senos como magnolias de bronce; y al ritmo fatigoso de su respiración se hinchaba su garganta como el cuello de las palomas torcaces que se arrullan á la margen de los arroyos entre los tamarindos y los naranjos del valle de Nedcheran.

Los dedos de sus pies desnudos resplandecían

de anillos y sortijas, los tobillos de ajorcas, las muñecas de brazaletes y los cabellos de dinhares.

Sobre el mórbido pecho moreno, que evocaba el de la Sulammita de los cantares de Salomón, temblaba, sujeta por gruesos hilos entrelazados de perlas y corales, la mano del Profeta, toscamente tallada en una fina lámina de plata, el maravilloso amuleto que porta la felicidad y que libra del mal de ojo, de todas las enfermedades de la carne y de las malas tentaciones del espíritu.

Á su lado yacía Almanzur, grave y solemne, sobre los tapices, inmóvil, como en un éxtasis.

El calor era asfixiante á pesar de las triples cortinas de palma y juncos tejidos que protegían del Sol el arco de la entrada.

El aire estaba cargado de un fuerte perfume de sándalo, áloe y benjuí.

Aischa se revolvía intranquila en su lecho, como agitada por un vago y doloroso presentimiento.

Á veces se levantaba violentamente, haciendo resonar con un tintineo armonioso el oro de sus joyas.

Se dirigía ágil y silenciosa á la puerta; alzaba cautelosamente las cortinas y, con las manos sobre las cejas para atemperar las violencias de la luz, escudriñaba el horizonte, hasta que fatigada, volvía á reclinarse sobre los cojines, pálida como una muerta.

Almanzur, como quien sale de un éxtasis la interrogó : primero con sus hondos ojos escrutadores, ojos que parecían venir del más allá de las cosas; y después, con voz paternal y tranquila como el claro hilo de agua que fecunda y fertiliza los oasis, murmuró quedamente.

— Aischa, hija mía, ¿qué agitación te posee? ¿Qué intranquilidad se adueña de ti, tan intensa, que no te deja reposar?

La voz de Aischa le repuso, atropelladamente, como si se le escapasen de súbito con las palabras todos los sufrimientos acumulados en su espíritu.

— No puedo descansar... La imagen de Muhamed, tu único hijo y el esposo querido de mi alma, no se aparta jamás de mis ojos. Parece como que me llama en el silencio, como si sus brazos se extendiesen á mí, implorando socorro. No sé por qué me produce espanto y siento temor por él en su jornada. Al partir, cuando mi mano le sirvió el estribo para saltar sobre el corcel de guerra, creí notar que su pierna temblaba.

Después, contra la última empalizada, su lanza se rompió en astillas. Hubo que darle otra.

Yo sentí ante este augurio de desgracia, que toda la sangre de mis venas afluía al corazón y me ahogaba. Retuve por el rendaje á su alazán, y le dije, suplicante, rodeando su cintura con mi brazo.

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA · Granada

— Detente, Muhamed, detente. Es un mal presagio.

En mis ojos debieron brillar algunas lágrimas, cuando él, sonriendo, inclinóse y me besó en la frente, ofreciéndome las más preciosas joyas del botín.

Picó espuelas y partió al galope, á reunirse con los suyos.

— No entristezcas ni agobies tu espíritu con pueriles presentimientos, ¡oh, Aischa, tesoro para mí el más preciado de la tierra, porque eres la luz y la alegría de mi hijo Muhamed! — le interrumpió, indulgente, el noble y justo Almanzur.

Dios ha escrito en el cielo con astros de diamantes la suerte de cada uno. De su voluntad dependemos, y lo que está escrito se cumplirá.

Confiémonos en su misericordia.

No estés intranquila por esta expedición. El mismo Dios parece que ha puesto la ocasión en nuestras manos.

¿Qué son trescientos jinetes armados contra los Beni-Muzas, la tribu más noble y valerosa del desierto?

Lo mismo que el viento dispersa las hojas secas, así nuestros guerreros dispersarán á sus enemigos.

Tranquilízate, pues, hija mía, serena los tumultos de tu corazón, que antes que claree la nueva aurora regresará nuestro Muhamed

cubierto de gloria y te cubrirá de valiosos presentes.

Además ¿á qué vienen esos temores? ¿Tú no eres la única hija de mi hermano Ayub, de aquel guerrero cuyo solo nombre hacía temblar de espanto en sus sillas á los más esforzados campeones cristianos?

¿No te enseñó él, como á un varón, el manejo de las armas? ¿No le has acompañado á más de un combate? ¿No has sentido en tu carne de mujer la frialdad del acero?

¿Qué has hecho, pues, del antiguo valor? ¿Qué genio maléfico te ha tocado con su dedo en las sienes?

Tus ojos han perdido su brillo y la arrogancia ha huído de tu frente.

El ánimo fuerte debe permanecer de pie en los días adversos. El huracán puede abatir á la palmera; pero apenas pasa, ésta vuelve á erguirse tan majestuosa como antes.

— No es el temor — murmuró gravemente Aischa; — ¡Dios sabe que en mi corazón arde aún inextinguible la llama heroica de nuestra raza.

Mis brazos se sienten aún capaces de renovar la hazañas paternas.

No es temor... Es el amor, — suspiró, enrojeciendo hasta la raíz de los cabellos. — Es que sin Muhamed la vida me sería una carga insoportable... Es que no puedo ni admitir la sos-

pecha de que su vida sea mortal como la de todos.

— Desecha vanos temores — interrumpió, con voz dulce y trémula, el Schaij, y en vez de entregarte á la tristeza y á los recelos, consuela y fortifica tu corazón oyendo recitar, al son de la guzla, las viejas Rasidas con que nuestros poetas triunfaron en la feria de Ocaz.

Ismael, nuestro siervo, las recita como nadie.

Sería bueno llamarle para entretener nuestros ocios y apartar de tu imaginación calenturienta esas tristes visiones.

La poesía consuela y exalta el espíritu. Ella hace olvidar todos los pesares y es el mayor bien que Dios otorga á los mortales en su mísera y rápida jornada por el mundo.

Y llamando á un esclavo que vigilaba á la puerta, le encargó avisase al poeta y convocase además á los ancianos y las mujeres principales de la tribu.

Los invitados, reclinados en ricos tapices, formaron un círculo alrededor de Ismael, que de pie, al son de la guzla, empezó á recitar.

Los ancianos y las mujeres entornaban los ojos, extasiados con la armonía de aquellas maravillosas estrofas de Antar, en las que con toda la pompa, el fausto y el ardor de la imaginación oriental se exalta el amor á Abla, á aquella extraordinaria mujer que, al decir del poeta,

aventajaba á todo cuanto la Belleza tiene de más perfecto.

« Diré que el brillo de la Luna iguala á tu rostro. ¿Pero la Luna tiene tus ojos de gacela?

Diré que la rama de arac se asemeja á tu cuerpo. ¿Pero la rama de arac tiene tu gracia?

Tus dientes exceden en blancura á las perlas. ¿Cómo podré compararlos con las perlas?

La llama de la verdad resplandece en tu frente, y la noche del error se ha refugiado en tus cabellos.

Bajo tu velo están abiertas las rosas del Paraíso, guardadas por las flechas de tus pestañas.

Tu indiferencia conmigo me hace quejarme en tus jardines como las tórtolas en celo.

Ella me oprime el corazón como una zarpa.

Más allá de tu belleza están los leones del desierto, las hojas de las espadas y las largas y afiladas lanzas.

Tu rostro es como la Luna del cielo : resplandece; pero está tan alto que no se puede alcanzar. »

El perfume de los pebeteros que ardían en los ángulos de la tienda llenaba la estancia de una pesada y cálida voluptuosidad.

Todos callaban, inmóviles, siguiendo, con el alma puesta en los oídos, los ágiles y dulces ritmos de aquel canto de amor.

Sólo las cigarras, posadas en los secos troncos

que servían de apoyo á las tiendas, turbaban el silencio de la hora, con la monotonía estridente de su modorra.

III

Después de estos apasionados cantos de amor, Ismael, recitó la célebre Rasida de « El jardín y el león », una de las más bellas narraciones de Oriente.

« Reinaba en una de las más fértiles y remotas regiones de la India, un joven emir, bueno y magnánimo, que había hecho de su corte una fiesta perpetua de amor y de poesía. Desde los calados ajimeces de su alcázar contempló por casualidad, una bella tarde, á una linda dama que, sentada en la azotea de una casa vecina, parecía absorta en las maravillas del crepúsculo.

La mujer, que se creía libre de toda mirada indiscreta, tenía levantado el velo, dejando al descubierto la hermosura fascinadora de su rostro, de una perfección impecable.

El emir, lleno de curiosidad y maravillado de tanta belleza, preguntó á los familiares que le rodeaban si conocían á la dama.

— Señor, es la esposa de nuestro visir El Vedchar.

Al día siguiente el emir hizo llamar á su primer ministro, encomendándole una importante misión cerca de un monarca enemigo, y ordenóle que partiese al momento.

El visir obedeció, y el sultán llamaba, á los pocos momentos, á la casa de su primer ministro.

— ¿Quién es? — preguntó una voz femenina desde el interior.

— Abre, esclava. Sé que tu amo está ausente y necesito hablar á tu dueña.

— ¿Quién sois? — interrumpió entonces otra voz más dulce, voz suave de surtidor, desgranamiento armonioso de perlas sobre un joyero de plata.

— ¡El emir!

La puerta se abrió instantáneamente, y Fátima (que así se llamaba la esposa del visir) acudió, solícita, á besar con respeto la regia mano de su señor.

— Hermosa dama, os amo — dijo él, entonces, en voz baja, — y os ruego me acojáis como amigo.

— Sed bienvenido, señor, todo cuanto aquí existe os pertenece y yo soy la más humilde de vuestras esclavas. Al dignaros pedirme hospitalidad, me colmáis de favores.

— Gracias, Fátima — añadió el sultán, desbordante de entusiasmo, — vuestras palabras son para mi corazón la más deliciosa música. Soy vuestro siervo, y permitidme que, arrodillado, bese vuestras plantas.

Fátima condujo al soberano á través de riquísimas estancias y de maravillosos patios, donde las fuentes elevaban al aire sus penachos de pedrería entre las flores y los arbustos más fragantes.

Por fin se detuvo en un amplio salón decorado con una munificencia y un lujo verdaderamente reales.

El emir se sentó sobre un mullido y rico diván de seda carmesí, bordado en oro y piedras preciosas, y suplicó á Fátima se colocase á su lado.

Entonces se arrojó á sus pies, y cogiendo entre las suyas, trémulas, las finas y enjoyadas manos de la dama, le dirigió las frases más ardientes, las palabras más apasionadas, en una loca exaltación de amor.

La mujer del visir le respondió risueña, pero moderada y respetuosa, y desprendiéndose de sus manos, se levantó de pronto, suplicándole le permitiese preparar un festín en el cual serían ellos los únicos comensales.

El emir, aceptó gozoso, mientras su ardiente fantasía acariciaba las más risueñas y venturosas esperanzas.

Fátima cogió de una preciosa mesita de mosaico un grueso manuscrito ricamente encuadernado en oro y piedras preciosas, y se lo entregó á su huésped regio, diciéndole :

— Voy á ausentarme por algunos momentos para dar órdenes á los criados y disponer los

preparativos del banquete que habéis tenido la galantería de aceptar. Mientras tanto, os ofrezco este discreto campañero que se encargará de distraer y hacer más llevadera vuestra soledad.

Tan pronto como Fátima salió, el emir abrió el libro.

Eran poesías y sentencias de los hombres más sabios y célebres del mundo, en las cuales se condenaba el vicio y se ensalzaba la virtud.

El emir, que era entendido y dado á las letras, gozó extraordinariamente con la profundidad de aquellos conceptos y con la dulzura melodiosa de sus ritmos.

Dos horas después apareció la bella Fátima, suntuosamente ataviada, y rogó á su huésped tuviese la amabilidad de pasar con ella á la sala del festín.

Una vez allá, se sentaron el uno frente al otro separados por una amplia mesa magníficamente servida, sobre la cual se destacaban noventa fuentes de oro, llenas de manjares artísticamente cubiertos de cremas de distintos colores.

El sultán probó de cincuenta platos y advirtió con sorpresa, que aunque parecían ser distintos, todos tenían el mismo gusto.

Intrigado por aquel enigma, interrogó á Fátima.

— Las mujeres, señor — respondió ésta con la sonrisa más insinuante, — se diferencian entre sí por el color, la estatura y los adornos. Pero á

pesar de todo, cada una de ellas es una mujer... y nada más.

En vuestro harén tenéis noventa mujeres, entre blancas, morenas y negras. Por consiguiente, señor, una más nada añadiría á vuestros placeres.

El emir inclinó la cabeza, avergonzado por la lección, y después de algunos momentos de silencio exclamó con la voz aún insegura.

— Noble señora, vuestra sabiduría y vuestra virtud han cubierto de confusión mi rostro y de admiración mi alma.

Perdonadme y olvidad las locuras de un joven á quien, desde hoy en adelante, jamás apartará la hermosura del cumplimiento de sus deberes.

Y después de besar respetuosamente la mano de la esposa de su primer ministro, se retiró á palacio, pesaroso de su arrebato y agradecido de aquella lección.

Algunos días más tarde regresó el visir de su misión y fué á dar cuenta de ella á su soberano.

Después de la audiencia corrió á su casa, gozoso de sorprender á su mujer con los valiosos regalos que llevaba.

Mas al sentarse en un diván, sus miradas descubrieron entre los pliegues de la seda un objeto brillante y reconoció con sorpresa que era la sortija del emir.

Convencido de su desgracia, procuró disimular el furor que devoraba su corazón y aquella

misma tarde con aparente calma, dijo á su mujer :

— Mi ausencia te ha impedido visitar á tus padres. Ve á ofrecerles tus respetos.

Fátima obedeció en el acto. Mas apenas había pisado el umbral de la casa paterna, cuando se presentó un mensajero de parte de su marido á entregarle su carta de divorcio.

Tan infausta como inesperada noticia la hizo palidecer de dolor, hasta desmayarse en un llanto convulsivo.

Cuando sus padres le interrogaron sobre los motivos que hubieran obligado al visir á tomar una determinación tan extremada, respondió que ponía á Dios por testigo de su inocencia y que el rigor de su marido era para ella un misterio insondable.

Algún tiempo después de este suceso viendo el padre de Fátima que su hija se moría de pesar, presentóse en el palacio del emir en ocasión en que éste daba audiencia pública.

— Señor — dijo, prosternándose ante el soberano, — yo tenía un hermoso jardín, plantado de frondosos árboles que daban exquisitos frutos. El jardín lo había confiado á vuestro visir El Nedchar, que prometió cuidarlo, bajo la condición única de reposar en él. Pero se ha comido los frutos y ahora deja que el jardín se deshoje y se seque de abandono.

— ¿Qué contáis á todo esto? — exclamó el

sultán dirigiéndose al visir, que estaba cerca del trono.

— Ese hombre dice la verdad, magnífico señor — respondió gravemente El Nedchar. — Es cierto que me había confiado un espléndido jardín y que yo lo cultivé al principio con todo el esmero y el amor de mi alma. Pero un infausto día, al entrar en él, contemplé á mis pies las huellas del león, tuve miedo y abandoné, señor, el jardín, con todo el dolor de que es capaz un corazón humano.

El soberano comprendió que el jardín era Fátima, que el hombre que se quejaba era su padre y que las huellas del león pudiera ser su sortija olvidada.

— Nada temáis — dijo entonces, con voz solemne, á su visir. — Id á vuestro jardín y reposad tranquilamente en él. Lo conozco y sé que está bien fortificado. Es cierto que el león ha merodeado en sus alrededores; pero ha encontrado inaccesible la entrada. Idos en paz y que la verdad del Señor os acompañe.

El visir volvió á vivir con su esposa y, convencido de lo acrisolado de su virtud, la amó en lo sucesivo mucho más que la había amado hasta entonces. »

Al terminar Ismael su relación, un silencio profundo comentó sus últimas palabras.

Las mujeres, con la cabeza baja, meditaban.

Los ancianos se acariciaban soñolientamente sus lenguas barbas de lino.

Sólo Aischa se atrevió á murmurar.

— De haber sido yo Fátima, jamás habría perdonado al emir su imprudencia... ¡Sabría vengarme de ella!

Y al decir estas palabras, sus ojos centellearon en las penumbras del velo con reflejos acerados de puñales que se desnudan en la sombra.

IV

Al anochecer regresaron los pastores, acorralando los rebaños en sus rediles ceñidos de anchos y profundos fosos para evitar el asalto de las fieras nocturnas.

Se comió frugalmente : dátiles, leche de camellas y pan de cebada.

La tribu empezaba á inquietarse por la tardanza de los foránicos, destinados á traer noticias del combate.

Los niños se asomaban á las empalizadas á indagar el horizonte. Algunos pegaban el oído en tierra para oir mejor los rumores de la distancia.

Las mujeres sollozaban, curvadas en el suelo, soplando en las puertas de las tiendas las últimas brasas del fuego familiar.

Acababa de rezarse lo oración de la tarde, y en la tienda del Schaij Almanzur se congregaban los ancianos y las mujeres principales de la tribu, comentando la tardanza de los foránicos.

Nadie ya podía reprimir sus temores.

Aischa, reclinada en un ángulo, estaba palidísima.

Bajo la niebla sutil de sus velos, un temblor nervioso agitaba sus miembros largos y ágiles.

Sólo Almanzur permanecía sereno, aconsejando calma y confianza en Dios.

— Desde los desfiladeros de Absud — decía — hasta aquí, la distancia es larga. Sólo la agilidad de nuestros corceles puede recorrerla en una jornada.

Los foránicos no tuvieron tiempo de recibir noticias. Acaso el viento haya apagado las hogueras en las cumbres vecinas.

Tranquilicemos nuestro ánimo depositando por entero nuestra confianza en Dios. En sus manos está la victoria. Acatemos reverentes sus sagrados designios.

— Señor, yo no sé qué amargo presentimiento tortura mi alma, que desde que nuestras huestes salieron no me deja descansar un momento — exclamó Aischa, revolviéndose en su lecho de cojines. — Yo he visto siempre con la sonrisa en los labios, partir á nuestro amado Muhamed al combate. Yo misma, cantando, le ceñía la espada, le calzaba las espuelas y ponía en sus manos el arco ó la lanza.

Pero en esta jornada no sé qué angustia extraña me oprimía el corazón con su mano de acero.

Esta mañana seguí el vuelo de las águilas y

las águilas volaban bajas, cerniéndose en el extremo del horizonte, allí por donde se alzan los desfiladeros de Absud, como si buscasen en las arenas los despojos de un cadáver que devorar.

Anoche los chacales aullaron como seres humanos y — ¡ cosa nunca vista ! — el leopardo saltó al foso y la empalizada y nos arrebató la novilla más hermosa, aquella que tenía un lucero blanco en la frente.

Huellas recientes de leones se han visto en torno de las tiendas.

El amuleto de la mano del Profeta, que mi madre me colgó al cuello al expirar, se me cayó en la cisterna.

Y todo esto me llena de aflicción, me inquieta y tortura mi cuerpo y mi alma con suplicios infernales.

Ya sabes que jamás sentí el temblor del miedo, ni mi rostro conoce la palidez del espanto.

Me crié al lado de mi padre, en una vida nómada de guerras y de asaltos, de combates y de emboscadas.

Mis piernas saben reventar en las carreras al potro más cerril.

Muchas gacelas han caído atravesadas por mis flechas, y más de un enemigo mordió el polvo bajo el empuje de mi lanza... Pero amo tanto á Muhamed que la cosa más insignificante me hace temer por su vida, que es mi única

felicidad en este mundo. ¡ Oh !, si yo hubiera ido á su lado para resguardarle con mi pecho, para protegerle con mi espada !

É inclinando su bella frente entre las manos, se quedó silenciosa, reconcentrada en su recuerdo y como absorta en sus visiones.

Todos respetaron en silencio, conmovidos por la ternura y la intensidad de aquel amor fanático.

Una gritería de júbilo se oyó á lo lejos. Ladridos de perros, voces de mujeres, exclamaciones y carreras de niños.

Algunos rostros, radiantes de alegría, se asomaron á la puerta de Schaij.

¡ Los foránicos ! ¡ Los foránicos ! — gritaban en una desbordante alegría triunfal.

Todos se levantaron. Resonó un galope frenético, y pocos momentos después apareció en el umbral la jadeante figura del foránico.

Se prosternó ante el Schaij, exclamando con la voz rota de emoción :

— ¡ Alabados sean los designios de Dios, Almanzur ! Al encenderse el primer lucero, brilló en la cumbre del monte Orob la hoguera que anuncia la victoria.

Las cimas de Tahimud, las colinas de Absed y de Sutra encendieron también sus fuegos... Partí al galope, devorando el aire, y aquí me tienes orgulloso de ser el primero en anunciarte el éxito de esta expedición.

— ¡ Alabada sea la sabiduría y la misericordia de Dios ! — murmuró Almanzur, mirando al Oriente con los brazos levantados al cielo.

Y todos los que llenaban la tienda y los que se agrupaban á la puerta repitieron las santas palabras, entregándose después al más loco júbilo.

Las mujeres se abrazaban : los niños corrían y hasta los ancianos graves y meditabundos desarrugaron sus hoscos entrecejos.

Sólo Aischa permaneció extraña á la alegría general. Reclinada sobre los cojines, parecía entregada aun á sus terribles visiones interiores.

La noche fué de fiesta en la tribu.

El sueño huyó de todos los ojos.

Bajo la concavidad azul é infinita del cielo perlado de estrellas y fulgurante de luna, las mujeres, sobre pieles de leopardo y de camellos, en medio de un corro de hombres y de niños y en torno de las hogueras llameantes, danzaron las más lascivas danzas del Oriente, agitando sus velos, resonando sus joyas, y haciendo entrever entre las gasas y las sedas el temblor epiléptico de sus vientres y sus muslos desnudos.

Los ojos fosforecían en alargamientos felinos, bajo el resplandor lunar, y los oros y las gemas y las púrpuras centelleaban entre las negruras de los cabellos y los revuelos cándidos y azules de los almaizales flotantes.

Un perfume de amor y de voluptuosidad

impregnaba la humedad casi humana de la noche llena de almizcle, sándalo y olor á carnes morenas.

Los mastines vigilaban cerca de los fosos; algunas vacas mugían, y á veces, en el aire, como el augurio de un peligro lejano, llegaban los ásperos aullidos de las hienas y de los chacales, cuyas sombras, rastreras y agazapadas, proyectaba la fantasmagoría de la luna en la claridad alucinante de los arenales estériles.

V

De súbito, saltando fosos y empalizadas, en una carrera desenfrenada y alucinante, como corza perseguida por una manada de leones, apareció un corcel.

Pasó como un meteoro por las primeras tiendas, atropellando á los grupos que danzaban á la luz de la luna.

El jinete venía tendido sobre el cuello, con las bridas sueltas y los acicates hundidos en los ijares. Alzó la cabeza para orientarse, y al ver la tienda de Almanzur que se destacaba entre todas por la esbeltez y elegancia de su cúpula rematada en una media luna de plata, hizo un esfuerzo supremo y desesperado, y reteniendo con ambas manos el rendaje, paró en seco el corcel.

El noble animal no pudo más, y jadeante y convulsivo, con los ijares abiertos, las narices dilatadas y bañado de sudor y de espuma, cayó desplomado.

El jinete, recogiendo las piernas, en un salto ágil evitó la caída.

Se inclinó sobre su yegua, y al verla muerta, sus ojos se inundaron de lágrimas, y abrazándose á su cuello, ajeno á todo, le prodigó las más tiernas frases.

— Alma mía, luz de mis ojos...

¿Por qué me entregas sólo á mi enemigo? Tú, que tenías el brillo deslumbrante del pavo real, el alma noble de la paloma, la fiereza y la prontitud del halcón que se abate sobre su presa, la carrera del avestruz, el vigor del león y la astucia del zorro. Tú, que brillabas como el espejismo en el desierto y volabas en las alas del viento y serpenteabas como el relámpago y te precipitabas al combate con la impetuosidad del torrente que la lluvia desborda... ¡ Duerme en paz, y que tus huesos no sean pasto de los chacales !

De pronto, viendo la gente, que muda y conmovida presenciaba la escena, una idea terrible volvió á apoderarse de él, y desviando los brazos del cuello de su yegua, se precipitó en la tienda de Schaij.

Ante la venerable silueta de Almanzur, cayó de rodillas, inclinándose varias veces hasta besar el suelo en señal de sumisión.

Traía las vestiduras rotas y sangrientas, las barbas revueltas y el turbante y el alquicel hecho jirones.

— La misericordia de Dios caiga sobre ti y sobre toda tu descendencia, — exclamó con la voz conmovida. — Llego á tu tribu perseguido de cerca por mis enemigos y abandonado cobardemente por mis gentes, y en el nombre de Dios te pido amparo y hospitalidad bajo el sagrado de tu tienda.

Almanzur tendió los brazos al recién llegado, y alzándole del suelo, le hizo sentar en sus propios almohadones.

Después con voz grave y unciosa, murmuró :

— Alabado sea Dios, que te envía á mi tribu. Sea quien seas, en mi casa estás y en ella sabré defenderte contra todos tus enemigos.

Al huésped le envía Dios, y por nada del mundo faltaría á la hospitalidad que se te debe. Tú eres el amo de esta tienda.

— Esclavos — añadió volviéndose á los suyos: — preparad un festín digno de un príncipe. Degollad la vaca mejor de mi rebaño; preparad las más sabrosas confituras. Esclavas: mullid el más blando lecho, cubrirlo con las más valiosas telas; sacad los más bellos vestidos, y ungid y perfumad las barbas y los pies de mi huésped con los perfumes más costosos.

Todos se dispusieron á cumplimentar las órdenes de Schaij.

El recién llegado, algo más sereno, continuó:

— Me llamo Abu Mohadi. Pertenezco á la tribu de los Coraichitas y vivo en un valle fértil

en las estribaciones del monte Sahel, entre Medina y la Meca; venía al frente de una rica caravana. Unos bandidos me asaltaron de improviso; mi gente se desbandó al primer encuentro y yo, después de haber hecho rodar por tierra al que parecía el jefe de los bandoleros, viéndome sólo, hundí las espuelas en los ijares de mi yegua, y el noble animal salió disparado como la flecha del arco, — y al recuerdo de su yegua, su voz se hizo trémula y dolorida.

Pronto dejamos atrás — continuó con acento más firme después de una breve pausa — las arboledas del oasis y cruzamos el desierto en una carrera desesperada, espantando á los chacales que devoraban los restos de alguna caravana sorprendida por el simún.

Y siempre que refrenaba mi noble animal para darle algún descanso y orientarme en la huída, escuchaba á lo lejos el galope frenético de mis perseguidores, cuyos gritos llenaban de angustia y de maldiciones la noche.

Y así corrimos una hora y dos y cuatro hasta salir de aquel mar de arenas en un torbellino polvoriento.

Me encontré en las estribaciones de un monte... Oía más cerca el galope de mis enemigos.

Llegó un momento en que percibí claramente el relinchar de sus corceles y hasta me pareció distinguir sus sombras en los arenales.

Mi pobre yegua resoplaba jadeante, bañada

de sudor : sus flancos temblaban cubiertos de sangre y su pretal estaba blanco de espuma.

Había que hacer un esfuerzo inaudito é internarse en los matorrales del monte.

Un momento más de vacilación sería mi muerte.

Mi cabeza sería cortada y clavada en alguna pica como trofeo.

Me interné en la montaña cuando ya percibía á mis perseguidores que, tendidos sobre sus corceles, blandían amenazantes sus largas lanzas.

Tuve una idea salvadora. Dios habló á mi corazón... Descabalgué, y conduciendo por las bridas á mi yegua, me interné en aquel espeso laberinto de palmeras.

Me hallé de repente con el fondo de un barranco, y dejando oculta la yegua en una caverna, después de orientarme, me desvié de mi camino, y por el lado opuesto fuí dejando jirones de mis vestiduras entre las ramas de arac y los cactus que conducen á la primera eminencia del monte.

Después, regresé á mi escondite.

Á través del ramaje distinguí, al poco, el ir y venir de mis perseguidores.

Oí claramente sus voces que, roncas de cólera tramaban :

— Debió tomar el camino de la cumbre. Volvamos bridas y salgamos á su encuentro detrás de los desfiladeros.

Yo, trémulo de rabia, embrazado el escudo y la espada en alto me disponía á vender cara la vida.

Por fin, uno exclamó con ese grito de alegría con que los cazadores descubren entre los juncales húmedos por el rocío, las huellas del antílope :

— Mirad, mirad; los jirones de sus vestidos entre los cactus. Debió tomar hacia la cumbre.

— Sigamos los rastros.

Y todos partieron tras él...

Abandoné mi escondrijo; salí al llano; y aquí me tienes, buen Schaij... Mi vida es tuya, mis perseguidores no tardarán en darse cuenta de mi burla y vendrán á buscarme.

Unos pastores me han visto atravesar la llanura y descabalgar en esta tienda.

— Tranquilízate. Todo el desierto conoce y respeta el nombre de Almanzur.

En mi casa estás libre. Nadie osará tocar á un pelo de tu barba.

— Voy á dar las órdenes oportunas — añadió el Schaij, y seguido de sus siervos salió de la tienda.

Reinó el silencio.

Abul Mahadi permaneció inmóvil, agobiado de fatiga.

Aischa le contemplaba, á través de su velo, con sus grandes ojos nocturnos.

Sin saber por qué el rostro fino y atezado del

guerrero se iba grabando en su imaginación con caracteres imborrables.

Sería capaz de reconocerlo siempre entre cien mil, en la algazara de una feria ó entre el estruendo de un combate.

VI

Un ruidoso galopar de corceles, gritos de angustia, ayes de desesperación, turbaron la solemnidad del silencio.

El Mahadi se agitó convulso, é instintivamente llevó la mano á la empuñadura de su alfanje.

Se oyó la voz desolada de Almanzur, que exclamaba :

— ¡Pobre hijo mío! ¡Oh, mi Muhamed, encanto de mis ojos, apoyo de mi vejez! El Señor castigue á su matador, poniéndole al alcance de mi brazo...

Aischa, como poseída de un vértigo, saltó de su asiento y se dirgió á la puerta de la tienda.

En el umbral se arremolinaba la gente.

Se oían relinchos de corceles, chocar de armas, gritos de venganza y lloros de mujeres.

Una desolación inmensa parecía cubrir con sus alas negras á toda la tribu.

Dos guerreros sostenían el cuerpo ensangrentado de Muhamed el Assadi.

La cabeza pendía lívida, en un gesto altivo de fiereza y de reto.

Almanzur, á su lado, mesábase sus largas barbas patriarcales.

Las mujeres desgarraban las vestiduras en señal de duelo, y los hombres extendían los puños crispados y amenazantes.

Un esclavo retenía del rendal la yegua favorita de Muhamed.

El noble animal, estirando el cuello, con las orejas rectas, como avizorando algún peligro, escarbaba el suelo con sus finos cascos.

Introdujeron el cadáver en la tienda, depositándole sobre un rico tapiz.

Aischa se abrazó, sollozando, al cuerpo de su amado.

El Mahadi saltó de su asiento y ocultándose en un ángulo de la tienda, con el alfanje en la diestra, se dispuso á morir matando.

Tal un león herido, acorralado por la jauría, en el interior de una caverna.

Algunos guerreros le reconocieron, gritando á Almanzur :

— Mira al matador de tu hijo. Entréganoslo y cumpliremos tu venganza.

É intentaron precipitarse sobre Mahadi.

Almanzur se interpuso, solemne, rígido, con los brazos levantados al cielo, como pidiendo misericordia.

Por su faz austera cruzó un relámpago de

cólera, de odio, pero momentáneamente se serenó, volviendo á adquirir su actitud imperturbable de estatua de piedra.

— ¡ Almanzur, entréganoslo, para vengar con su sangre, la sangre de tu hijo ! — clamaron los guerreros, con los alfanjes desnudos y los ojos fosforescentes de odio.

Aischa, como ajena á todo, continuaba abrazada al cadáver, sollozando, besándole, llamándole con los más dulces nombres.

Almanzur opuso su cuerpo á las espadas de los guerreros, y con voz serena, murmuró lentamente :

— Perezca yo y todos los míos antes de ser traidor á la hospitalidad que Dios nos impuso. Noblemente, cara á cara, dió muerte á mi hijo. Pues aunque hubiere sido á traición aquí le defendería contra todos.

El huésped nos lo envía Dios, y sólo á Dios debemos entregarlo.

No me pidáis que manche con una iniquidad la gloriosa y pura tradición de nuestra raza.

Enterremos piadosamente al muerto, y en cuanto á mi huésped, él es el dueño de mi casa.

Si quiere partir, yo mismo le daré escolta hasta dejarlo en lugar seguro.

El Mahadi interrumpió, conmovido, abrazándose á sus rodillas :

— Noble anciano, mi vida es tuya... y entera la

daría por haber ahorrado á tu alma el dolor que sin querer te he causado.

— Parte cuando quieras, huésped mío, y que la bendición de Dios caiga sobre nuestras cabezas.

Que le enjaecen mi mejor corcel, que le ciñan mis más templadas armas.

Yo mismo, al frente de vosotros, ¡Oh, mis nobles guerreros!, quiero servirle de escolta.

Todos inclinaron, emocionados, las cabezas, mudos de admiración y de respeto.

Sólo se oía la voz de Aischa, que abrazada aún al cadáver, sollozaba :

— ¡Mi alma, mi vida; yo sabré vengar tu muerte!

VII

Aischa dispuso los funerales de su esposo.

Ungió y cubrió el cadáver con los más costosos perfumes y las sedas más ricas, y le mandó sepultar á la sombra de un tamarindo, de frente á la Meca. Junto á la piedra de la tumba, siguiendo la bárbara y fanática costumbre de las tribus árabes del desierto, ataron al camello favorito para que se muriese de hambre y pudiese acompañar al alma de su dueño en la otra vida.

Aischa parecía un espectro. Una inquietud temible agitaba sus músculos. Sus ojos, agotada la amargura del llanto, adquirieron esa frialdad profunda y alucinante que arranca la luna á las pupilas fosforescentes de los chacales.

La caravana que había de conducir hasta un lugar seguro á Abul Mahadi se iba á poner en marcha, silenciosa y tétrica como un entierro.

Las mujeres sollozaban por la muerte del joven héroe de corazón de león.

Los ancianos bendecían la misericordia del

Señor por haberles deparado un Schaij de la fortaleza de ánimo del noble Almanzur, capaz de sacrificar los más íntimos y santos sentimientos á la hospitalidad legendaria de su raza.

El viejo guerrero lo disponía todo, inconmovible al dolor de sus entrañas desgarradas.

Los siervos ensillaban, silenciosos, bajo los toldos de las puertas, los corceles y los camellos.

Abul Mahadi permanecía inmóvil, replegado en sí mismo, ante la hospitalidad ambiente, sin atreverse á mirar al anciano que había salvado su vida.

Reclinado en la penumbra de la estancia se sumergía en el mar de sus tristes pensamientos, cuando se le acercó una sombra blanca como un rayo de luna, y cogiéndole fuertemente por un brazo, le dijo en voz sorda, rechinante de ira, mientras la mano libre alzaba el velo, dejando ver la hermosura deslumbrante y grave del rostro de Aischa :

— Abul Mahadi, contempla este rostro. ¿No te dice nada?

— Sí, que nada existe más bello sobre la tierra y que, á pesar de todo, bendigo al Señor que me ha concedido la gloria de contemplarte.

— ¡ No blasfemes, sacrílego ! En estos ojos se miraba Mihamed el Assadi, como en un espejo. Desde que tu brazo maldito le arrebató la vida, no ven sino tristezas y desesperaciones. Fíjate bien en ellos. Sólo los volverás á ver en la hora

de tu muerte. ¡Ellos serán los dos arcángeles negros que arrancarán el alma de tu cuerpo!

Y rápida como una sombra huyó Aischa á perderse entre los tapices de los muros, dejándole al pobre Abul Mahadi la sensación fugitiva de una de esas visiones que sólo se entreven en las fantasmagorías de un sueño.

— En marcha — ordenó lenta y severamente Almanzur.

Abul Mahadi saltó ágilmente sobre una preciosa yegua baya, enjaezada como la de un príncipe, y al lado del noble Schaij que, altivo y majestuoso, hacía caracolear su overo, recordando tal vez tiempos gloriosos de amor y de guerra, se puso en marcha.

Doscientos jinetes armados le daban escolta. Entre nubes de polvo se perdieron en los inmensos arenales donde sangraban aun los últimos heridos de la tarde.

Aischa permaneció casi toda la noche orando sobre la tumba de Muhamed, blanca é inmóvil, bajo las estrellas, sin temor á los chacales y á las hienas que, olfateando la carne muerta, aullaban en las cercanías.

De repente, presa de una impetuosa resolución, se alzó de la piedra tumular y, seguida de sus esclavas, se encaminó rápidamente hacia su tienda.

Ella no podía quebrantar las leyes de la hospitalidad, tan gratas al Señor y al Profeta, pero

podía vengarse de aquel que le había arrebatado su dicha...

Ojo por ojo, diente por diente...

Recordó su infancia borrascosa.

Hija de un hermano de Almanzur, perseguido por la desgracia y el rencor de sus enemigos, había caminado errante durante sus primeros años, de ciudad en ciudad, de desierto en desierto, durmiendo bajo las estrellas y disputando á veces sus cubiles á las fieras del monte.

En aquella existencia aventurera y peligrosa, sus manos aprendieron á manejar el arco y la lanza, sus rodillas á domeñar los potros más cerriles.

Muchas veces, mientras su padre descansaba de las fatigas diarias, ella salía, en unión de algunas siervas, á cazar gacelas.

¡Oh, cómo recordaba ahora, en su dolor profundo, aquellas carreras desenfrenadas, y cómo revivían en su memoria los detalles más mínimos de la caza!

Una gacela ha visto caer á su lado, atravesada por la flecha, á su macho, defensa y guía del rebaño. Los pequeñuelos quedaron también allá abajo, en las llanuras pantanosas... y ella recorre sin descanso las colinas ávidas, las llanuras desoladas. La arena movediza huye bajo sus plantas.

Durante la noche se ha encogido, temerosa entre las ramas espinosas del arac.

Cuando se agitaba en la obscuridad, la blancura de su pelo relucía en medio de las tinieblas como la perla al moverse en la seda en que está engarzada.

Mas apenas distingue los primeros rayos de la aurora, emprende de nuevo su carrera. Sus pies resbalan sobre la tierra cubierta de rocío.

Llena de inquietud y de pesar, vuelve de nuevo á los pantanos de Soaid, y en torno de ellos bala llamando á sus hijos perdidos.

Un terror súbito se apodera de ella.

Acababa de oir la voz de los cazadores, y su presencia en aquellos parajes le anuncia el peligro .

Emprende de nuevo la fuga, y, desesperanzados los cazadores de alcanzarla con las flechas, le lanzan sus perros que, dóciles á las voces de sus dueños, corren en su persecución y la asedian.

Acometida de cerca, les presenta sus cuernos puntiagudos, semejantes á aceradas lanzas, comprendiendo que sólo una intrépida defensa puede librarla de una muerte segura.

Ataca á Korab, y el noble animal cae bañado en sangre. Se revuelve contra Sakun, y le abre el vientre. Los demás perros ladran espantados, pero no retroceden...

Entonces era la ocasión... Y Aischa avanzaba tendido el arco, tenso el brazo y el ojo fijo. Y la flecha partía sibilante á clavarse en el pecho

de la gacela que dando un tremendo salto, se desplomaba sin vida, abiertos de espanto sus ojos, casi humanos, en una húmeda mirada de agonía.

Su brazo también se había ejercitado en la guerra.

¡Cuántos beduinos habían mordido el polvo del desierto bajo el empuje de su lanza!

Y así fué su vida hasta que sus ojos se encontraron con los de Muhamed cerca de una cisterna, mientras á la sombra de las palmeras sesteaban arrodillados los camellos.

Muhamed por encargo de su padre había ido á buscarles al oasis de Darmaida, para ofrecerles en su tribu amparo y tranquilidad.

Se detuvieron en el oasis algunos días, y juntos emprendieron el camino hacia el aduar de los Beni-Muzas.

Ella galopaba al lado de su primo, silenciosa y pálida.

Sus labios no se atrevían á respirar y hasta sus ojos, fieros y grandes, que contemplaron tantas veces impávidos la sombra de la muerte, se cerraban temerosos de las voraces miradas del Assadi.

Pero el dolor rondaba sus pasos, y el destino, menos piadoso con su padre que con el patriarca Abraham, no le dejaría contemplar antes de morir su tierra de promisión.

Atravesaban el desierto.

De súbito, el cielo tiñóse de púrpura llameante, y un asolador viento del Este empezó á encrespar las olas de aquel océano de arenas.

Las caballerías se encabritaron, é indóciles á las riendas se tendieron en el suelo, hundiendo sus hocicos en las arenas.

— ¡ El simún !, ¡ el simún ! — gritaban espantados los beduinos, descabalgando ágilmente y tendiéndose también en los arenales.

El calor era asfixiante, y á lo lejos se veía una montaña de arena y polvo ardiente que velaba el sol y amenazaba desplomarse sobre ellos.

Aischa se sentía arder toda como envuelta por las súbitas llamaradas de un horno.

Buhamed la arrebató por la cintura y la obligó á tenderse á su lado sepultando su rostro en las arenas.

Y no recordaba más.

Al despertar de aquella asfixia se alzó del polvo como de una tumba, y sus ojos y todos sus miembros se quedaron petrificados de espanto.

Á su lado yacían los cadáveres de su padre y de algunos guerreros que no habían tenido tiempo de ponerse en salvo.

Los cuerpos, emponzoñados por el simún, aparecían monstruosamente hinchados.

Los miembros, tumefactos, se desprendían por sí solos en mutilaciones espantosas.

Se detuvieron un instante para dar sepultura á aquellos restos queridos.

Desde entonces, su suerte estuvo ligada á la de su primo el Assadi.

Llegaron á la tribu de los Beni-Muzas, y á la luna siguiente celebraron sus esponsales.

Todos estos recuerdos pasaban por la imaginación calenturienta de Aischa, mientras se dirigía á la tienda que había sido testigo de su felicidad

Una vez en ella, congregó á sus viejos servidores, y les dijo :

— Ya sabéis la muerte de mi primo Muhamed y el sacrificio sobrehumano de mi tío para dejar con vida á su asesino.

Conocéis también la fortaleza de mi brazo, capaz, de un sólo bote de lanza, de derribar de su arzón al más valeroso de los campeones.

Su sangre clama venganza.

Yo lo he jurado sobre la piedra que cubre los restos de mi esposo.

¿Estáis dispuestos á seguirme y ayudarme en esta empresa?

Todos asintieron agitando los brazos.

— Pues bien — continuó Aischa, — ensillar los corceles. Esta noche partimos antes que regrese mi tío y pueda oponerse á mis intentos.

Ceñiré las armas de mi esposo y montaré su yegua favorita. Nadie, desde hoy, me llamará por mi nombre, sino por el de Muhamed el Assadi, en recuerdo del muerto.

No en vano en mi niñez, mi padre, cuya

memoria todos respetáis, me dió á comer el corazón de un león cazado una noche con una trampa puesta en las empalizadas de nuestras tiendas.

La luz de la luna arrancaba irradiaciones de mármol á su blanca vestidura, constelando la noche de sus cabellos profundos de estrellas de oro.

VIII

Aischa, al frente de los suyos, anduvo errante varios meses, acariciando su venganza y ejercitando su valor en encuentros parciales.

Su impetuosidad y destreza en los combates recordaba á sus viejos servidores á Kula, la célebre hermana del famoso héroe Dherrar, aquel valeroso campeón, terror de los cristianos, en las primeras campañas del Islam.

En el sitio de Damasco inmortalizó su nombre.

Acometido una vez por treinta jinetes cristianos, fingió emprender la fuga para separarlos. Mas tan pronto como hubo logrado su intento, volvió bridas contra ellos y, antes de que pudieran reunirse, puso fuera de combate á diez y siete y persiguió á los restantes.

Hecho prisionero en una emboscada, le llevaron cargado de cadenas, á Antioquía, y fué presentado así al hijo de Constantino, emperador de los cristianos, el cual ordenó que se prosternase en su presencia. Negóse Dherrar, y esta desobediencia le valió catorce sablazos.

Le encerraron después en una prisión, mas con la ayuda de un renegado, pudo evadirse de ella, y tras gloriosas y heroicas aventuras, llegó de nuevo al campamento, donde su hermana, la bella Kula, le lloraba amargamente creyéndole muerto.

Al día siguiente dióse otra batalla, en la que hizo prodigios de valor llegando á ser el terror de los griegos. De un solo sablazo inutilizaba á un enemigo, repitiendo á cada golpe.

— ¡ Venganza de Dherrar !

Él solo dispersaba á los escuadrones enemigos, no atreviéndose á seguirle más que otro guerrero, tan heroico como él, que, con sus golpes, hacía volar en pedazos las armaduras de los contrarios, gritando también :

— ¡ Venganza de Dherrar !

Dherrar, lleno de admiración y de curiosidad, y deseoso de conocer al guerrero que tan valerosamente le ayudaba á vengarse de los cristianos, corrió á su lado, y se quedó mudo de sorpresa viendo que tan soberbio adalid era su propia hermana, la bella Kula.

Aischa renovaría las heroicas hazañas de la hermana de Dherrar, y al traspasar con su lanza el corazón de Abul Mahadi, exclamaría también en un alegre grito de victoria.

— ¡ Venganza de Muhamed el Assadi !

Atravesaron desiertos estériles, oasis floridos, montañas abruptas, y, al amanecer de un bello

día de primavera, descabalgaron en un aduar de la tribu de su enemigo.

Por unos pastores supo Aischa que Abul Mahadi acababa de salir, en peregrinación, hacia la Meca, después de inmolar los novillos más gordos de su rebaño; para dar gracias al Señor por haberle sacado con vida de un encuentro que tuvo con los beduinos del desierto.

Aischa congregó á sus fieles y todos acordaron emprender la peregrinación á la Ciudad Santa, para encontrar al matador de Muhamed al Assadi y vengarse de él.

Durante la peregrinación nada podían intentar. La visita á la casa de Dios es santa, y desdichado quien manche sus manos en sangre. Será enterrado en un lugar inmundo y jamás se abrirán á su paso las puertas de oro y diamantes del Paraíso.

Pero podían seguir al Mahadi, y atacarle á la vuelta, cerca de su propia tribu. Quemar después sus aduares y sus rebaños, esclavizar á sus mujeres, y llevar, canforada, su cabeza al viejo Almanzur, para que antes de morir, sus labios pudieran sonreir de nuevo al vengador de su hijo.

Emprendieron el camino de la Meca, la Ciudad Santa, en el Medchar, la región más fértil y bella de la Arabia.

Todas las sendas estaban llenas de peregrinos, que acampaban fraternalmente á orillas de las fuentes, en los valles frondosos y pródigos.

Los jaiques listados de los hijos del desierto se mezclaban con los blancos zulhas de los nobles de las ciudades populosas de Babdad, de Damasco, de Petra, de Danar, la de la célebre Universidad, de Dorán, famosa por la elegancia de sus mezquitas, y de Madchid, la de los más fragantes jazmines, la predilecta de Alí, el sobrino querido del Profeta.

Egipcios de esbeltos miembros de bronce; africanos negros como el basalto de sus montañas; espléndidos señores de Hadramut, de gigantescos turbantes constelados de piedras preciosas; habitantes de Cairuán y de los países del Mogreb, rudos y fuertes, y hasta poetas y guerreros de la lejana España, célebres por su lujo, su magnificencia, y sobre todo por su locualidad. Todos los pueblos del Islam se congregaban en aquella peregrinación anual á la Ciudad Santa.

Los caminos floridos se poblaban de canciones, de tañidos de guzla, de cantos épicos y de salmodias religiosas.

Mendigos y señores compartían sus alimentos y su fervor.

Desde la cumbre de una umbrosa colina contemplaron un atadecer entre jardines fabulosos, la Ciudad Santa.

Todos los peregrinos se prosternaron, besando el suelo religiosamente :

— ¡ Bendita sea la ciudad del Profeta ! ¡ Alabado sea el Señor, que permite que nuestros ojos

la contemplen y nuestros labios besen su tierra sagrada!

Á lo lejos, sobrenadando en el oro de la tarde, resplandeciente de azulejos, la Meca se recortaba gloriosamente en el azul, con sus tres formidables ciudadelas, custodias del Islam.

Sus murallas rojas le ceñían la cintura como una faja de púrpura y en una eminencia se alzaba, rodeada de jardines, la Gran Mezquita con sus siete elegantes minaretes y sus ciento cincuenta cúpulas.

El aire era una embriaguez gloriosa de perfumes, colores y heroísmos.

Los peregrinos permanecían inclinados sobre el suelo, en extática adoración.

Aischa sentía en sus labios el amargor agrio de la tierra, húmeda aún por las últimas lluvias primaverales.

Nubes de palomas proyectaban sombras fugitivas sobre los minaretes de las mil mezquitas, y sobre las altas almenas de la alcazaba.

La voz del Muezzín se elevó, pura y mística congregando á los fieles á la oración de la tarde:

— No hay más que un sólo Dios. Su profeta es Mahoma...

Otra voz más lejana repitió el mismo canto, y luego otra y otra y otra, y de toda la ciudad, en el silencio místico de la hora se oían sólo estas

palabras, síntesis fanática del alma acerba de una raza de sol, de sangre y de dominio :

— No hay más que un sólo Dios.

Mientras, en el Oriente se alzaba, majestuosa como bordada en un estandarte guerrero, la media luna de plata.

IX

Aischa pernoctó en un fondak de las afueras, en compañía de un viejo siervo, Ibrahim, cuyo turbante verde hablaba de anteriores peregrinaciones.

Sus gentes acamparon en sus propias tiendas alzadas en un huerto de los arrabales.

Aquella noche apenas pudo pegar los ojos. ¿Encontraría al Mohadi entre la muchedumbre de peregrinos, innumerables como las arenas del desierto, las ondas del mar y las hojas de los árboles, que habían acudido á la Meca de todas las regiones del Islam? Aconsejada por Ibrahim decidió colocarse en la puerta de la Gran Mezquita para esperar el paso de los fieles y ver si entre ellos divisaba al matador de su esposo. Le seguiría sin separarse de él hasta encontrar una ocasión propicia para su venganza.

Al amanecer, después de los rezos y abluciones rituales, tomó el camino del templo, guiada por

Ibrahim. Iba vestida con sus mejores galas; y su paso era tan gallardo, su actitud tan arrogante y su rostro tan bello, que, al cruzar entre los palacios que conducen al Supremo tribunal de Justicia, más de una celosía se descorrió para contemplarla, y más de un velo dejó ver la alucinación de unos ojos voraces, fijos en los suyos, prometedores de las caricias más ardientes.

Visitó primero la casa donde nacieron Mahoma y su hija Fátima, y luego el sepulcro de Jadicha, la gloriosa y fuerte mujer que con su amor y su entusiasmo hacia el Profeta, allanó los primeros obstáculos que se le presentaron en su camino. Toda la ciudad era un hervidero de gentes. Por las calles, engalanadas con tapices y colchas de los más vivos tonos, cruzaban en largas filas las procesiones.

Todas las puertas se abrían á su paso, y nuevas gentes acudían á visitar los lugares sagrados, entonando versículos de las suras koránicas. Era un mar desbordante de jaiques flotantes, de armas y de joyas resplandecientes, de turbantes ornados de joyeles y de plumas multicolores...

En los nichos empotrados en las paredes ó bajo los arcos de las calles, los santos penitentes permanecían inmóviles, semidesnudos, con los ojos en éxtasis, repasando con sus dedos, largos y huesosos, las cuentas de ámbar de sus rosarios.

Y en el aire matinal flotaba un intenso per-

fume de rosas recién abiertas, de nardos, de jazmines, de incienso, de sándalo y de benjuí.

El Palacio de Justicia, en la cima de una pequeña colina, dejaba ver la elegancia suprema de sus arcos, la riqueza maravillosa de sus puertas de cedro tachonadas de plata y los arabescos fantasmagóricos de sus celosías y sus ajimeces.

Aischa, guiada por Ibrahim, ascendió lentamente por la cuesta ceñida de gruesas murallas y torreones almenados que conduce hasta la Kaaba, « La casa de Dios ».

Por las diez y siete puertas de arco penetraba, en un silencio religioso, la multitud.

Aischa y su acompañante se encontraron de repente en el inmenso patio, rodeado de cuatro órdenes de columnas de mármol blanco, granito y pórfido, unidas entre sí por bellos arcos de herradura, resplandecientes en sus remates de oro, añil y púrpura, y trabajados á cincel como joyas. De los arcos cuelgan innumerables lámparas de plata, perfumadas con los más fragantes óleos del Oriente.

Á unos cien pasos de la columna del Norte estaba la Kaaba, « La casa de Dios ».

Conducen á ella siete preciosas galerías resplandecientes de azulejos, y bordadas como encajes.

El modelo de este templo — dijo Ibrahim — bajó del cielo, formado con rayos de luz, á ruegos

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA Granada

de Adán, el primer hombre; copia del que dos mil años antes se había construído en la mansión de las Delicias para adoración perpetua de los arcángeles.

Después del Diluvio, nuestro padre Abraham recibió del Señor el encargo de reconstruirlo, y en esta santa labor le ayudó su hijo Ismael.

Una puerta inmensa, mirando al Norte, toda chapeada de plata y oro les detuvo.

La cubría un gran paño de seda negra, en el cual resplandecía, bordado en oro, la profesión de fe koránica :

— No hay más Dios que Dios, y Mahoma su profeta.

Aischa, impulsada, por la fuerza irrefrenable de su fe, penetró en el templo.

Á la derecha, cerca de la puerta y como á un metro de altura, está empotrada en la pared la célebre piedra negra que, según cuenta una piadosa leyenda, descendió del cielo cuando Adán fué arrojado del Paraíso, y después el Arcángel Gabriel se la llevó á Abraham cuando reconstruía el templo.

Es de forma oval y de unos veinte centímetros de diámetro, y en su centro está escrita la fórmula sagrada :

« No hay más Dios que Dios. »

En el día del Juicio ella se presentará ante el trono del Altísimo á acusar á todos los que la hubieran besado con labios impuros.

Aischa é Ibrahim se inclinaron reverentes y la besaron con unción.

Á su lado se encuentra otra piedra mayor, la que servía de asiento á Abraham mientras reedificaba la Kaaba.

Después oraron largo tiempo sobre las losas de mármol verde, bajo las cuales esperan la resurrección los restos de Agar y de Ismail.

Traspasaron la balaustrada de oro que rodea el pavimento y se encaminaron al célebre pozo del zem-zem, cuyo milagroso manantial hizo brotar un arcángel en el trágico momento en que Agar se tapaba el rostro con su manto para no ver morir de sed á su hijo Ismail, y bebieron también, como todos los peregrinos, de sus aguas lechosas y amargas que limpian de todo pecado.

Aischa abandonó aquel día el templo, desesperada de no encontrar al Mahadi. En vano Ibrahim preguntó por él, discretamente, á todos los beduinos que encontraba al paso.

Tristemente descendieron á la ciudad.

El sol fulgía en el cenit, y para librarse de sus rayos tomaron el camino de las tiendas de los joyeros y perfumistas, situadas en largas y estrechas callejas entoldadas con linos multicolores. Á cada lado se abría el arco de un bazar, y en el fondo, el mercader, sentado sobre una esterilla de pita mostraba sus mercancías.

Ante la tienda de un sabeo, de esos hombres ágiles y cetrinos que se encaraman hasta los

altos picachos donde anidan los rocs, para arrebatarles las baretas de cinamomo con que fabrican sus nidos, se detuvieron un momento.

Un arrogante mancebo discutía acaloradamente con el vendedor el importe de un tarro de perfumes y el valor de una preciosa gargantilla de perlas de las islas de Awal.

Aischa reconoció al Mahada, y se detuvo.

— Cincuenta dishares — gritaba el mercader.

— ¡ Ladrón ! — murmuró el Mahadi. — ¡ Cincuenta palos te diera si no fuese por la festividad del día ! Pero, en fin, ya que no tus razones, me convencen tus mercancías.

Y cogiendo un puñado de tierra, añadió.

— Te doy tierra por tierra... y queda hecho el trato.

Llévamelos esta tarde al fondak de Antar, en las cercanías del Palacio de Justicia, y pregunta por Abul Mahadi.

Aischa é Ibahim se alejaron y después de avisar á los suyos, se trasladaron á la hospedería indicada por el Mahadi, donde pagaron, á precio de oro, una habitación estrecha y lóbrega.

X

Aischa no perdió de vista al Mahadi. Como una sombra se arrastraba cautelosamente tras sus pasos, siguiéndole en sus excursiones á través del laberinto de calles de la ciudad.

Una noche, en el patio del fondak, oyó que el Mahadi decía á uno de sus servidores :

— Id preparando la partida... Arreglad en los cofres los presentes que llevo á Zahara, la favorita de mi corazón.

Partiremos cuando llene la luna.

Aischa se aproximó, y deteniéndose ante la yegua de la cual acababa de descabalgar el Mahadi, le dijo á éste, mientras fingía examinar las condiciones del bello animal.

— ¡ Buena cabalgadura ! ¡ Bien se conoce que pastó la hierba seca del desierto ! ¡ Qué cuello ! ¡ Qué orejas y qué remos tan finos ! Bendeciréis á Dios por haberos dado un animal semejante...

— ¡ Ya lo creo ! — respondió complaciente Mahadi, halagado en su vanidad. — Además esta yegua tiene una historia que va unida á la de mi vida.

En cierta ocasión — añadió confidencialmente — marchaba yo al frente de una caravana que conducía perlas de Awal, cinamamo, benjuí, ámbar, oro, plata y mirra; en fin, todas las riquezas fabulosas de Samarcanda, Hadramut y la India, cuando en unos desfiladeros nos atacaron unos beduinos. Mis gentes huyeron al primer encuentro, y yo solo, al frente de algunos fieles, intenté resistir. Mandaba los beduinos un mancebo arrogantísimo, que apenas me vió se vino hacia mí á toda brida, lanza en ristre. Yo levanté en alto mi corcel, y haciéndole girar sobre las patas, evité ágilmente el golpe. La lanza pasó rozando las cinchas.

Me volví rapidísimo, y de un golpe certero atravesé á mi contrario.

Todos se detuvieron un instante para socorrer al herido, y viéndome solo, aproveché esta confusión para escapar á rienda suelta. Después de varias vicisitudes, busqué amparo en un aduar; pero el dueño de la tienda que me dió asilo, era el padre del mancebo muerto por mi mano..

Llegaron los compañeros de éste y entregaron al padre el cuerpo de su hijo. Me reconocieron, y, como es natural, reclamaron mi cabeza.

Pero el buen viejo, no sólo no accedió á ello, sino que me dió esta yegua, pues la mía había muerto al llegar al aduar, y él mismo al frente de sus guerreros, me acompañó hasta un lugar seguro.

Aischa no pudo reprimirse.

Su mano tembló sobre la empuñadura del alfanje; pero haciendo un terrible esfuerzo de voluntad, interrogó al Mahadi, con la voz aun insegura :

— ¿Y hace mucho tiempo de esto, buen hombre?

— Poco más de un año.

— ¿Y no temes á la familia del muerto?

— Era hijo único, y su padre, no había de salvarme la vida para después darme muerte... Mas hablemos de otra cosa. Tú, joven, pareces experto en cuestiones de joyas. Te he visto siempre á mi lado, en los bazares, eligiendo perlas y crisólitos, y tus pupilas eran tan expertas en la tasa que jamás los mercaderes se atrevieron á regatear el precio.

Quiero mostrarte las que llevo como regalo á mi favorita.

Desde entonces fueron amigos inseparables. Mahadi le consultaba en sus compras y Aischa se complacía en elegirle los perfumes más ricos y las piedras más puras.

El día antes de la partida, dijo Mahadi :

— ¿Por qué no hacemos el viaje juntos? Te detendrías en mi aduar y celebraríamos fiestas en tu honor.

— Acepto gustoso tu ofrecimiento — respondió Aischa.

Y al día siguiente se pusieron en marcha.

Los peregrinos regresaban á sus hogares, alegres de haber cumplido sus votos. Los turbantes verdes fingían una primavera tardía en los senderos escuetos.

El Mahadi llevaba en su compañía treinta jinetes y casi el mismo número de criados.

Las gentes de Aischa no pasaban de cincuenta.

Ésta caminaba conversando afablemente con su amigo; pero muchas veces sus ojos ardían como si todos los relámpagos de una tormenta pasasen por ellos, y sus manos tenían que hacer esfuerzos inauditos para no desnudar el acero.

Pero no; su venganza sería más noble, cara á cara, en campo abierto.

Llegaban ya casi al término de su viaje.

Habían caminado toda una jornada por un terreno árido y la sed abrasaba todas las gargantas.

Sus hombres y los del Mahadi avanzaban fatigados, pidiendo á Dios, á grandes voces, el amparo de una fuente.

De pronto, al descender una colina arenosa, se hallaron ante una cisterna. El cubo de hierro pendía de la cadena, como invitando á beber al peregrino, y tres palmeras se alzaban majestuosamente ofreciendo el reposo de sus anchas sombras.

Unos y otros se precipitaron hacia la cisterna, y por querer todos beber primero, vinieron á las manos, propinándose algunos palos y hasta saliendo á relucir los aceros.

Ibrahim, como á una señal convenida, arremetió con su lanza al criado favorito del Mahadi y le pasó de parte á parte. El combate se generalizó. Los dos bandos se abrieron en ala, acometiéndose rabiosamente.

Entonces Aischa, aproximando su yegua á la del Mahadi, le dijo á éste :

— Nuestras gentes pelean y se matan por una casa baladí. Nosotros, en cambio, tenemos cuentas graves que saldar. ¿Te acuerdas de Muhamed el Assadi á quien atravesaste con tu lanza? ¿Recuerdas las palabras que momentos antes de que partieras de la tienda del viejo Almanzur murmuró una sombra á tu oído? El momento ha llegado... Defiéndete... ¡ Venganza del Assadi !

Al ver que sus señores iban á luchar, los dos bandos se detuvieron, inmóviles, alzados sobre los estribos; y hasta los heridos, tendidos en la arena, alzaron sus cabezas ensangrentadas para presenciar el combate.

El Mahadi, presintiendo la agilidad y la fuerza de su adversario, se decidió á darle un golpe maestro.

Picó espuelas, tendió la lanza y, en línea recta como una flecha, partió hacia Aischa.

Ésta hizo girar su corcel, y sin tiempo para que el Mahadi se detuviera, le dejó pasar, atravesándole el costado de un lanzazo.

Los siervos intentaron socorrer á su señor;

pero fueron dispersados por la gente de Aischa, más aguerridas, y sobre todo preparadas de antemano para este encuentro.

El Mahadi se desplomó de su yegua, dejando escapar de sus manos la lanza.

Aischa, entonces, echó pie á tierra, y dirigiéndose velozmente al moribundo, le dijo :

— ¡ Dios te ampare, Abu Mahadi ! Así las gentes conocerán cómo sabe vengarse la mujer de Muhamed el Assadi.

Al terminar estas palabras, levantó la espada con ambas manos y de un solo tajo cercenó el cuello del guerrero.

— Ibrahim — dijo luego á su siervo, — recoge esa cabeza y llénala de alcanfor, y enciérrala en el cofre más rico.

Quiero que vuelvan á sonreir, una vez siquiera antes de expirar, los labios del viejo Almanzur.

EL ULTIMO ABDERRAMÁN

EL ÚLTIMO ABDERRAMÁN

A Sidi-Ahmed-el-Muaz, al grande y noble poeta gloria del Islam.

I

El misterio de las constelaciones se rasga, por fin, ante los ojos atónitos, desmesurados de expectación, del príncipe Abderramán-ben-Abdemelic-el-Omeya, último descendiente de la más noble familia de Koreich, discípulo del sabio Ali-ben-Jusuf-el-Galid, ilustre hijo de Córdoba, cuyas tablas astronómicas sirvieron de pauta á las del célebre rey de los cristianos Alonso-ben-Ferdéland.

El rostro pálido, consumido por la fiebre de tenaces vigilias, se inclina ávidamente sobre las amplias tiras de piel de rinoceronte, donde signos mágicos trazan tortuosos caminos de serpientes.

La vieja lámpara de bronce, trabajadaá cincel como una joya, hermana de las cuatro mil setecientas que alumbraban la gran Aljama de Cór-

doba, pendiente por salomónicas cadenas de plata de la alta bóveda encristalada, arroja una luz lívida, casi sangrienta, nublada á veces por el revuelo de algún murciélago sobre el amplio taburete de cedro incrustado de marfil y gemas, todo cubierto de rollos de pergamino y astrolabios.

El trémulo resplandor de la luna envuelve el rostro del atrevido Observatorio que el genio de Ashuna levantara sobre la torre más soberbia de la Alhambra, como un penacho de pedrería sobre un turbante real, en un rútilo ensueño de plata fosforescente.

— ¡Bendecido el nombre del Señor! ¡Acatados sean sus designios! — murmura jubilosamente el joven príncipe.

La bella testa juvenil se alzó triunfal.

Los grandes ojos rasgados donde la noche encendió la negra hoguera de sus ébanos profundos, se dilatan bajo las negras pestañas, como si quisieran absorber en sus retinas toda la luz de la Luna y la celeste claridad de la Hora.

Por los abiertos ajimeces, asciende, con la luminosa polvareda estelar, el ensueño múltiple, fastuoso y primaveral, de la ciudad dormida á la sombra de sus mil torres, de sus murallas cubiertas de hiedra, de sus cármenes desbordantes de flores.

La música de las fuentes, de las innumerables fuentes de la Alhambra, perla la noche de fres-

cura. Se la siente gotear, fíltrase palpitante en las entrañas removidas de la tierra fecunda, y correr por las venas de la sombra como la sangre fragante y fabulosa de una eterna juventud. Los ruiseñores asaetan el espacio con su voz de cristal y de suspiros, desde los jardines de los Adarves, en los Kioscos de la plaza de los Aljibes, entre los cipreses y los naranjos de los maravillosos patios del Alcázar, y más abajo, en todos los cármenes que desbordan sobre el Darro sus vivas canastillas de flores. Y sobre tantas bellezas, desde los astros perennes y rutilantes, los arcángeles del Silencio, descienden por gráciles escalas de plata, con el índice en el labio, recogidas las alas, plegadas las túnicas, cautos los pasos, para no turbar el frágil encanto del misterio nocturno.

Las hogueras de las atalayas parpadean como pupilas vigilantes que luchan con el sueño, entre el verde profuso de los huertos y las manchas tenebrosas de los bosques abruptos. Y más allá, rasgando el cielo con su casco de plata, se eleva la Montaña de la Nieve, como un centinela que custodia el sueño de la ciudad predilecta de Allah, la sultana de Occidente, de esa ciudad cuyo nombre es frescor de aguas y dulzura de mieles, de Granada la Bella.

Bajo el doble arco de la puerta aparece la patriarcal figura de Ali-ben-Jusuf-el-Galid.

Su luenga barba blanquea fluctuante á lo

largo del amplio ropón de seda carmesí franjeado de oro.

Bajo la nieve del turbante, la negra voracidad de sus ojos proyecta sobre el rostro escuálido una sombra de austera gravedad.

— ¡Alabado sea Allah, clemente y misericordioso! Su magnificencia derrame sobre tu frente, ¡oh, Abderramán, hijo de reyes, descediente del Profeta, todos los bienes que prodigó á manos llenas sobre tu estirpe! — murmuró despacioso, inclinándose en una profunda reverencia, hasta sentir la frialdad del pavimento bajo la palma de las manos.

El joven se abalanza á su encuentro, no pudiendo contener la impetuosidad de su impaciencia, como si la llegada imprevista, casi providencial del sabio Hafiz, pudiera aportar á su espíritu atribulado la palabra milagrosa que serena los mares y hace que se detengan jadeantes los flancos y sudorosas las crines, los negros corceles de la tempestad.

— Ve, Alí, lo que arrojan estos cálculos. Descifra los inmutables designios de las estrellas — la voz se rompe de emoción, y ante los ojos febriles y profundos del anciano, las manos trémulas desarrollan torpemente las largas tiras de piel de rinoceronte, cubiertas de fórmulas astrolábicas.

Ali-ben-Jusuf las examina atentamente una por una escudriñando el signo más fútil.

El silencio es tan profundo, que se oye el latir violento y presuroso del corazón, y hasta el jadear del aliento entre los finos labios mordidos de impaciencia. — Príncipe — interrumpe el anciano. — los sellos se han roto y el libro de la Verdad, el libro escrito con caracteres de fuego, va á abrir sus páginas ante los ojos mortales. ¿Podrán tus pupilas leer sin deslumbrarse? ¿Estarán suficientemente puros tus oídos, para escuchar el eco de la palabra divina?

— Jamás dejé de cumplir los preceptos koránicos. Tú sabes que mis ojos sólo se abrieron para la adoración de Allah y que mis oídos sólo oyen las máximas y las alabanzas del Altísimo.

El índice de Alí-ben-Jusuf, señala, uno por unos los signos cúficos escritos sobre la piel encerada.

— Este cometa cuyo caudal de luz se extingue entre la polvareda de plata de los astros, presagia el fin del Islam, en estas fértiles tierras que nuestros mayores fecundaron con sangre y abonaron con sus propios huesos. Esta estrella luciente, de una pureza de luz única, que fulgura como un diamante, entre la constelación del León y la de las Vírgenes, predice un hombre puro : un corazón de león en cuerpo de virgen.

Él sólo puede detener la ruina de nuestra ley.

Los labios puros sabrán decir la palabra salvadora y su brazo de león será capaz de esgrimir victoriosamente la corva cimitarra del Profeta.

Los arcángeles del Señor nos abandonan horrorizados de tantas iniquidades.

Hemos confiado á los ineptos los bienes que el Señor encomendó á nuestro cuidado. Los ambiciosos son como el mar, que con todo viento se alborota.

Nuestros brazos se han cansado de acuchillar á nuestros propios hermanos, y ya no pueden resistir el golpe de nuestros enemigos. Córdoba, Sevilla y Murcia, han caído en poder de los cristianos.

Nuestras taifas vagan desordenadamente por el Norte de El-Mogreb. Todo parece presagiar un próximo desastre. De Arabia y de Persia, hombres pálidos por el terror, llegan presurosos á reclamar el auxilio de nuestros brazos. Las armas cristianas se aprestan á conquistar nuestros dominios. Sus galeras llenan el mar y son tan innumerables, que los mástiles proyectan en las olas las mismas sombras que los espesos bosques sobre su tierra de brumas.

La polvareda que levantan sus patrullas nubla el sol y ensombrece los caminos de naranjos y tamarindos, que conducen á Damasco, y las espadas y las cuchillas de los bárbaros se afilan en las mismas piedras que hicieron relampaguear los cascos de nuestros corceles victoriosos. La cruz se proyecta en las arenas de nuestros desiertos, y acaso, dentro de poco, abrirán también sus brazos sobre los santos minaretes

de la Kaaba, como los han abierto ya en la gran Aljama de Córdoba.

Abul-Beca, el gran poeta de Ronda, lo ha dicho en estas lágrimas que la religiosidad de Alhamar hizo suspender de los alicatados de su cámara, recordándole el dolor y la vergüenza del Islam :

Ahora nuestras mezquitas trocáronse en iglesias : sólo brillan en ellas la cruz y las campanas, y nuestros almibábares, aunque de duro leño, lloran nuestras desdichas y se anegan de lágrimas.

Necesitamos un caudillo que se imponga sobre sobre todas las rivalidades, que congregue en torno de su estandarte todas las banderas, que ordene nuestras almofallas y las conduzca á la victoria. Tú, eres joven y fuerte. Tú puedes ser el elegido del Señor. Descendiente del Profeta, tu sangre es más pura que la de los Kalifas de Damasco y la de los emires granadinos. Mi felicidad te ha criado en las prácticas de las más santas máximas del Korán :

« Aléjate del ignorante y teme su contacto ». Un derviche sale por sí mismo de las olas. Un sabio saca también á los demás.

Te aislé de todo; y para estar más cerca de Dios me encerré contigo en una vieja fortaleza de las inexpugnables Alpujarras, entre los restos de la gran biblioteca de Córdoba, que fundó la

magnanimidad del Kalifa Alhakem-ben-Abderramán, y que tus padres custodiaron con el mismo fervor que se guardan en la Meca las reliquias de Mahoma.

Toda la ciencia acumulada en mí, por tantas lunas de estudios voraces, la fuí volcando como el ánfora de un río caudaloso en el mar ávido y profundo de tu espíritu. Un tenaz presentimiento me advertía que vigilase en ti al más alto destino de nuestra raza. De todos los descendientes del Profeta, tú sólo puedes ser el elegido, por la doble virtud de la sangre y de la inteligencia. El sabio Abulfaragí-el-Isfahani pareció presentir tu voz, cuando escribía :

« La luna del Islam tendrá un eclipse, los pastores, atemorizados, abandonarán el rebaño, y los lobos caerán sobre él en furiosas manadas. Pero de tierras de Occidente, vendrá un leoncillo, cachorro del más noble linaje de Hegiaz y para mayor gloria del Altísimo ahuyentará á los lobos y pondrá á gran recaudo el rebaño.

Tú puedes ser el cachorro de los viejos leones que cantó el poeta de El Aganir. Tu brazo es el más fuerte y tu pierna la más ágil. Puedes detener un carro de combate sólo con afianzarlo por el rayo de una rueda. Eres capaz de desjarretar un toro y vencer á los caballos del viento. Podrías cazar los halcones al vuelo. Hice tu carne dura como el granito de nuestros montes y tu alma blanda como la arcilla de los alfareros de

Fajalanza, que deja impresa la menor huella. Tu inteligencia no tiene más límite que Dios.

Has buceado en el mar del infinito y sales de él con las manos colmadas de todas las perlas de la sabiduría. Como el rey Salomón, conoces la música de los astros, y lees en ellos como un quiromante egipcio en las rayas de las manos.

Has sido conducido á la cima de un monte para oir la palabra que no se olvida nunca, y es la mejor guía de los pueblos. Y serás introducido por Dios en los jardines ricamente regados por límpidas corrientes de agua perfumada.

Llevarás brazalete de oro y de perlas y el forro de tus vestidos será del brocado más rico. Las falanges angélicas se abrirán para que pases. Los más gloriosos caudillos arrojarán á tus pies sus cimitarras, y los profetas te sentarán entre ellos, en sus mismos tronos de pedrería fulgentes como relámpagos, como incendios de iris. ¡Tú puedes ser, oh, Adberramán, el glorioso restaurador de la Ley!

El acento del anciano tiene una solemnidad profética, y sus palabras, armoniosas y graves van cayendo en el silencio sonoro, como un desgranar de sartas de perlas sobre un joyero de cristal de roca.

— ¡Oh, Alí! ¡Si no te engañases! ¡Si fuera esa la predicción de los astros! — exclama el joven príncipe, dejándose arrastrar como en un torbellino por el orgullo de su destino soberbio.

— ¡Oh, Abderramán; ten fe! Cierra los ojos hasta que los párpados te pesen como el plomo, y lánzate violentamente al abismo que el Destino abre ante tus plantas. Dios sabrá conducirte, y con los ojos cerrados verás lo que no vió mortal ninguno.

Si dudas, se apagará la lámpara que el Cielo puso en tus manos, la lámpara maravillosa que te hará ver todos los tesoros del mundo, aun aquellos que yacen sepultados en las entrañas de la Tierra.

Haz cuenta que atraviesas un puente frágil entre dos precipicios. En cada mano llevas una copa colmada de agua. Y á la menor flaqueza tuya las copas se desbordarán. Sé fuerte y confía ciegamente en Dios.

Cuando la Providencia te pone en las manos la cuerda de la felicidad, todas las criaturas concurren á hacerte feliz. Tus mismos enemigos te ayudarán. En cambio, si la desgracia te persigue, nada podrá librarte de ella. No está seguro el infeliz aunque se encarame á los nidos de las águilas, ni evitará las saetas del hado aunque se suba á los estrellas. Así lo quiere el que todo lo puede.

Ten confianza en tu estrella. No palidezcas jamás ante los demonios que te asaltan para hacer vacilar tu fe. Los arcángeles estarán contigo para defenderte con sus escudos de diamantes y desbaratar las legiones de EBLIS con sus

espadas de fuego. Dios sembrará el terror en las filas de tus enemigos. Y tú les golpearás en la nuca hasta que te dejen franco el paso.

— ¡Oh, si todo se redujese á aplastar de un mazazo al gigante más terrible, custodio de los tesoros del Destino; á derribar de una lanzada al dragón más violento!... Mi estirpe brillaría más fúlgida que el sol en el cenit. Mi mano sabría sostener el estandarte verde del Profeta, como lo sustuvieron mis antepasados los califas de Oriente y los emires de España. Y de nuevo el tropel victorioso y veloz de nuestros corceles aventaría el polvo de las estepas castellanas. Y los muros de Córdoba, de Murcia, de Toledo, de Sevilla y de Valencia, se verían coronados por los turbantes del Hegiaz, y nuestros gritos de guerra aullarían como lobos hambrientos en las gargantas de las guájaras y desfiladeros, camino de Afranc.

Y en el frenesí de la exaltación, sus ojos arden, su faz se transfigura, como si pasase entre el polvo y el Sol y los relámpagos de las armas, un glorioso desfile de banderas triunfantes; y el cuerpo ágil y esbelto se esculpe con relieve heroico bajo la plata de la Luna.

Sólo le falta la espada de fuego para semejar así, con toda la impetuosa belleza de la juventud y de la fuerza y entre el flotante desorden de las vestiduras blancas, el Arcángel exterminador y violento que en el combate de Bedre luchó al

lado de Mahoma, y en los tiempos patriarcales alimentaba la cólera de los profetas centenarios.

— Príncipe, tú puedes ser el elegido del Señor. Los astros lo presagian. Pero siempre tu corazón de león ha de latir en un pecho de virgen. Jamás tu boca se ha de profanar para que sea digna de la verdad y el aliento divino pueda salir de entre tus labios sin mancharse.

¡Que tus ojos mortales no vean más belleza que la de tus sueños! ¡Que tu pie vencedor aplaste siempre á la serpiente y á la mujer que intenten detenerlo en su camino! La serpiente es la condenación eterna. Y los muslos y los brazos de la mujer se han hecho para que se enrosque en ellos la serpiente. Los besos nos dejan exhaustos de sangre heroica. Si vas á la Meca en peregrinación, más que á la aridez del desierto y á las zarpas de las fieras y á la mortal embriaguez del Sol, debes temer el encanto verde y venenoso de los oasis floridos que fingen los demonios para la perdición de los nuevos creyentes. Quien se aduerme al arrullo de sus aguas, bajo la frescura de sus palmeras, no besará jamás la piedra negra de la Kaaba, ni sus ojos se abrirán de nuevo á la luz, ni sus oídos escucharán más que los chillidos de los réprobos y el castañetear de dientes de los condenados. Sé puro y serás fuerte... Corazón de león en pecho de virgen.

Estremece el silencio un repentino florecer de rosales de cristal.

El cielo se dilata, hasta hacerse cóncavo como una copa, para recoger en sus paredes hasta la última vibración musical. Y una voz femenil, desmayada de ardor, canta á lo lejos, acompañada de la guzla, tras los ajimeces calados del mirador de Lindaraxa, una canción de amor, donde todos los leones del Deseo abren sus rojas fauces, ávidos de sangre tibia y de carnes virginales :

Sobre el jardín la Noche es una
fragante y tibia invitación.
¡ Ven á soñar ! Plata de luna
tiembla en el mármol del balcón.

La brisa, es como el tibio aliento
de un rojo labio sensual.
El surtidor, desgrana al viento
sus frescas sartas de cristal.

Amor, reclina con pereza
entre mis senos tu cabeza.
Tiembla el luar sobre tu tez.

Y en sus blancuras pasajeras
son más profundas tus ojeras
y más mortal tu palidez.

II

Vistosas cuadrillas de esclavas, ataviadas con las más ricas telas de Oriente, envueltas en gasas flotantes tan sutiles como el aire, invaden con la alegría de su juventud y de su belleza la calada galería del patio de los Leones. Entre risas y cantares desfilan todas bajo el airoso arco de la Sala de las dos Hermanas, conduciendo en artísticas canastillas de mimbre las flores más frescas de los jardines del Alcázar y los más sabrosos frutos de los huertos de la vega.

Sobre repujados azafates de plata, el iris de los velos transparece á la luz, y las joyas más fúlgidas relampaguean como un tesoro astral entre la púrpura y la seda turquí de los cincelados cofrecillos persas.

Todas atienden por los más bellos nombres : Noemia, Rodhia, Sobeida, Bohia, Kethira, Zahra, Saida, Maliha; nombres que expresan en su poética dulzura todo cuanto de gracioso, apacible, risueño, claro, fecundo, florido y feliz, existe sobre la tierra.

En los cabellos oleosos, tintinean cequíes; en los tobillos y en los brazos desnudos, fulguran las ajorcas y brazaletes, y en torno de los cuellos gráciles, centellean los collares. Y una música de oro acompaña el ritmo de sus pasos sobre el sonoro pavimento de mármol de Macael.

Á un lado de la estancia, se oculta bajo un soberbio pabellón de damasco carmesí, recamado de perlas y protegido por los blancos pliegues de un suntuoso tapiz de Siria, el estrecho arco del pequeño Alhamil, destinado al reposo de la bella favorita del emir.

En los ángulos de la sala se destacan otros cuatro arcos, que en unión de veinticuatro columnas, esbeltas y gráciles como palmeras de piedra, sostienen la amplia bóveda resplandeciente, recubierta de pequeñas cúpulas con fúlgidas estrellas de colores, y rodeada de diez y seis ajimeces.

Por las tenues celosías esmaltadas, el incendio solar se filtra en tenebrosas ráfagas de luz, dando á la estancia el aspecto fantasmagórico de una gruta de estalactitas sorprendentes que fingen olas erizadas de un lago de encanto, nubes de encajes é islas transparentes de ágata y madreperlas. Y las frágiles siluetas de las esclavas tejen entre ellas, en un fluctuar alado de gasas y de tules, los misteriosos giros de una danza de hadas.

En pequeños cuadros, formados con cintas y

hojarascas, campean esculpidos las armas de Alhamar. Un escudo con campo de plata, que atraviesa diagonalmente una banda azul, cuyos extremos sujetan heráldicas bocas de dragones. En la banda resplandece la empresa de los nazaritas escritas en letras de oro : *Allahgalib illa lah* (sólo Dios es vencedor).

Y por todas partes serpentean elegantes caracteres cúficos, prodigando alabanzas al gran Emir, repitiendo versículos de las suras Koránicas, é inspiradas estrofas de los más célebres poetas. Una inscripción dice : « Alabado sea el Sultán alto, fortaleza del Islam, decoro del género humano, lluvia de generosidad, rocío de clemencia para los pueblos, león de la guerra, defensa de la fe, el vencedor por Dios, el ocupado en el camino de Dios, Abu-Abdala, Mohamed-ben-Jusuf-ben-Nazar-el-Ansan. Ensálcele Dios al grado de los altos y justificados y colóquele entre los profetas, justos, mártires y santos. »

En otras refulgen estas sagradas máximas koránicas : « Todo lo que hay en la Tierra pasará. Sólo la cara de Dios permanecerá rodeada de esplendor y de gloria. Los que temen la majestad de Dios tendrán dos jardines. Ambos están ornados de bosques. Y ambos tienen dos fuentes más y dos especies de cada fruto. Los frutos de los jardines estarán al alcance del que quiera cogerlos. Y allí habrá vírgenes de modesta mirada, semejantes al jacinto y al coral, que no fueron

tocadas nunca ni de genios ni de hombres. Descansarán reclinadas en alcatifas, cuyos forros serán del brocado más rico... ¡Bendito sea el nombre del Señor, lleno de majestad y de generosidad! »

En algunos se entrelazan estrofas galantes de los genios más preclaros, como estas de Abdalaben-Xamri, á propósito de la contienda de los collares, famosa en la corte de Abderramán II:

Más al collar avalora
y á sus preciosos jacintos,
la que en esplendor excede
al Sol y á la Luna unidos.

Siempre la mano de Dios
ostenta raros prodigios,
pero como éste, ninguno
humanos ojos han visto.

¡Oh, perla por Dios formada!
Ante tus puros hechizos,
juntos el Mar y la Tierra
ceden perlas y jacintos.

El diamantino desgranar de los surtidores sobre las anchas tazas de jaspe, el sordo y lejano abejear de las brisas entre los arrayanes del patio y el transparente rocío de esencias que desciende goteando de las altas cúpulas, evocan la imagen húmeda y sonora de una tenuísima lluvia de perlas dentro de fabulosa concha de nácar. Con

sobrado motivo el genio de Azhuna llamaba á esta mansión el Alcázar de las Perlas.

Las esclavas desfilan risueñas y ágiles, cargadas de ricos dones, y la luz centellea y borda arabescos polícromos en los cabellos, en las túnicas y en las joyas, como en un mar cambiante de sedas y de gasas, de púrpuras y de oros.

Y allá, en el fondo del arco de la izquierda, se ve, sobrenadando en un difuso crepúsculo de esmeraldas, abiertos sobre la fragante primavera de los jardines perennes, y, sostenido por sus marmóreos y esbeltos ajimeces, el mirador de Lindaraxa, éxtasis del alma y embriguez perpetua de los sentidos.

Suavizan la dureza del pavimento de pórfido, muelles y suntuosas alcatifas persas, donde los más bellos ensueños del Amor y de la Guerra se dibujan nítidamente entre la monstruosa lujuria de la flora de Oriente.

En esmaltadas medallas refulgen caprichosas inscripciones alabando la belleza de la estancia.

En una, se le llama « Fuente clara », en otra « Mar ondulante ». Y, en efecto, el mirador semeja una límpida taza de alabastro, donde chispean las ondas azules de un trasparente lago de zafiros, ó las olas verdes y cristalinas de un mar sereno, donde los reflejos de las nubes se irisan en relámpagos de amatistas, en fulguraciones de perlas y en incendios de corales.

Por el doble arco central, que se eleva majes-

tuoso entre otros dos más sencillos, abiertos á sus costados, fulgura el azul luminoso del cielo matinal y el verde sombrío de las copas triangulares de los altos cipreses.

Frente á este divino panorama se extiende un amplio diván de raso turquí, bordado de oro y perlas, donde reclinada perezosamente sobre blancos cojines reposa Leila Hassana, la bella favorita del magnífico, animoso y prudente emir Muhamand II.

En torno de ella, grupos de esclavas de diversos países se afanan por servirla.

Vírgenes rubias pulsan arpas de ébano, y el negror de las arpas es menos fulgente que el de sus miembros desnudos.

Rubias cristianas tañen melodiosas guzlas de cedro y palosanto.

Voluptuosas almeas se desmayan en los lúbricos giros de la danza morisca. Egipcias de piel de bronce y grandes pupilas de gacela, cantan con extenuante dulzura las lindas estrofas que el poeta Taglebi, famoso en Córdoba, en la corte de los últimos Omeyas, improvisara ante el manojo de frescas rosas que en límpido vaso de cristal purpúreo por el color de las flores, le ofreció un campesino en los feraces alrededores de Baydad :

La rosa ocupa su trono
pues su imperio nunca acaba...

Todas las flores son tropas
y la rosa es la sultana

Otras esclavas, doncellas sirias y griegas, árabes y hebreas, le presentan canastillas colmadas de flores, cestos desbordantes de frutas, las leves gasas en que ha de envolverse al salir del baño, los óleos fragantes que ungirán sus cabellos, y las faustuosas tocas, y las espléndidas alhajas con que se han de ataviar para presentarse ante los ojos celosos y amantes del emir.

Y todas se disputan el honor de arrancarle la primera sonrisa.

La sultana, indiferente á tales homenajes, continúa inmóvil, cerrados los párpados, cruzadas las manos sobre el pecho, como si respirase aún el perfume vaporoso de las adormideras del último sueño.

Sella su frente la blanca palidez de los mármoles pulidos por la Luna.

Las mejillas son huertos floridos de auroras; los senos, nidos de torcaces impacientes; los labios, granadas recién abiertas que gotean mieles y bálsamoes, y los ojos grandes y profundos, como noches tenebrosas relampagueantes de insaciables deseos.

Su piel tiene ese tono dorado y cálido de los dátiles que maduraron al sol, y sus cabellos, largos y ondulantes, el negror agorero que azulea en las alas del cuervo.

Y todos sus miembros, potentes y tersos como un arco de combate, recuerdan la ágil elasticidad, la gracia móvil y terrible de las fieras más bellas del Desierto.

En torno de su frente se desangra una diadema de rubíes, y alrededor del cuello se enrosca, como en el árbol del Paraíso, una serpiente de pedrería.

Los pliegues de su traje, vaporoso y purpúreo, son como llamas, como lenguas de fuego que la acarician, dejando transparecer á veces, la mortal fascinación de sus carnes desnudas.

Los brazaletes que ciñen sus brazos y las ajorcas que agobian sus tobillos, acompañan sus más leves movimientos con una tintineante música de oro.

El calor empieza á ser sofocante. Asciende de los jardines un vaho cálido y pesado de labios febriles que se besan hasta desfallecer, un perfume intenso y penetrante de cálices que se deshojan lentamente tostados por el sol.

Á lo lejos, trasponiendo los divinos pensiles del Alcázar, con sus torres bermejas, con sus minaretes resplandecientes de azulejos y sus azoteas floridas, flota Granada, como el sueño de una ciudad fantástica nadando en un océano de olas escarlatas y playas de nácares.

Se oyen lejanos relinchos de corceles, chocar de arneses y estrépito de atambores y añafiles. Son los jinetes de la guardia real que suben á la

Alhambra, bajo túneles de verdura, entre el frescor de las fuentes y el estremecimiento de las frondas agobiadas de nidos.

Y ligeras nubes de polvo humean en el azul, nublan el sol y proyectan fugitivas sombras en el rígido verdor de los cipreses.

De súbito, Leila Hassana, entreabre los párpados. Su mirada vaga largo tiempo acariciante y soñolienta en torno de cuanto le rodea, y se detiene bruscamente en los pebeteros, cuyas copas florecen como lirios de oro, sobre trípodes de bronce, en los ángulos de la estancia.

— ¿Dónde están las esclavas encargadas del incienso y de la mirra? ¡Que traigan pastillas de ámbar y de áloe, de sándalo y de benjuí, para disipar este ambiente sofocante y pesado!

Su voz es tan dulce, que podría ser acompañada por las arpas de oro de los arcángeles.

Las esclavas se apresuran á cumplimentar sus indicaciones. Manos expertas extraen del fondo de preciosas cajas de maderas aromáticas, con mosaicos de marfil, las más ricas esencias de Oriente y las derraman sobre la brasa viva de los pebeteros.

Una nube tenue y azulada, como esos ligeros vapores que á los primeros rayos del Sol se elevan de los cauces umbrosos de los ríos y de las riberas de los lagos, envuelve, lentamente, en un flotante sortilegio de brumas, la luminosa paz del aposento.

Y á través del humo las figuras aparecen indecisas y trémulas, como nadando en las neblinas de un sueño maravilloso y matinal.

La sultana permanece absorta en una inmovilidad grávida de éxtasis, arrullada por la música y los cánticos, y aspirando por todos los poros de su cuerpo la acritud embriagante de los perfumes que en serpientes de humo, se escapan, persiguiéndose y enroscándose, hinchándose y deshaciéndose, de los áureos pebeteros.

Sobeya, la esclava predilecta, se arrodilla á sus pies, y cogiéndole en una humilde caricia las manos agobiadas de anillos, suspira con una dulzura casi maternal :

— ¿En qué piensa la perla de Granada, la rosa de Andalucía? ¿Por qué los soles de tus ojos nos niegan sus rayos; y ni las notas del arpa, ni el relampaguear de las joyas, ni la fragancia de las flores, ni los cantos de las esclavas logran arrancarte, cual otras veces, una sonrisa de satisfacción? Habla, ¡oh, sultana! Y tus siervas, con sus largos abanicos de pavo real, con las más dulces melodías, con los tulipanes más bellos de Oriente, ahuyentarán tus nostalgias! ¿Quieres que distraigan tu somnolencia las más complicadas y lascivas danzas de Armenia? ¿Deseas escuchar los relatos maravillosos que encantaron al Kalifa Hairum-el-Rasxid, en sus pensiles de Bagdad? Habla, y la dulzura de nuestras voces, acordes á los sones de los instrumentos más

armoniosos, te irá relatando, uno por uno, todos los fabulosos cuentos que libraron la vida de Scherezada...

— ¡Oh, Sobeya, mi esclava favorita, nada existe en el mundo que pueda borrar de mi imaginación los recuerdos del sueño que aún me enajena! — murmuró Leila Hassana, dejando caer las palabras como las perlas de un collar que se rompe, como las tembladoras notas de una gaita muzárabe.

Las esclavas enmudecen y agrupadas á su alrededor, se inclinan para respirar mejor el aliento musical de sus labios.

Cuando la claridad azul del alba brilló en los muros calados de mi alhamie y empezaron á dibujarse las inscripciones de oro que le adornan, salté del lecho á buscar en el patio de los Arrayanes un poco de reposo para mi alma poseída aún por los espíritus de la Noche.

Mis manos, ardientes de fiebre, se sumergieron en las frescas aguas del estanque, para cumplir las abluciones matinales.

En el fúlgido espejo enmarcado de verdes arrayanes perlados de rocío, palpitaba en trémulas ráfagas, el encanto misterioso del patio, con sus columnas prodigiosas, con sus cúpulas resplandecientes de estrellas de oro, y sus muros rutilantes de espumas multicolores. Y las aletas de los peces, al girar ondulantes iluminaban estas fantásticas visiones, con fugitivos relám-

pagos de púrpura. Una aurora más bella, más amplia y más rutilante parecía florecer en el fondo de la piscina, difundiendo en las aguas una rosada claridad de nácares.

Pero ni la frescura del agua, ni la belleza sobrenatural del patio, ni los gorjeos de las golondrinas posadas en los azulejos de la cornisa, ni tanta claridad, ni tantos perfumes como venían en la brisa, pudieran disipar en mi alma las últimas sombras de la noche.

En el mirab de la Mezquita, tras las caladas celosías, asistí como de costumbre á la Azala Azohbí, la más dulce de las oraciones. Y aunque mis ojos se alzaron al oriente, y aunque mis labios dejaban escapar maquinalmente los divinos versículos de las suras del Profeta, mi alma permanecía alejada de mi cuerpo, hundida en un mar de delicias inefables, como flotando con los últimos girones de las neblinas matinales, entre la Tierra y el Cielo.

Después me dirigí á este esbelto mirador, ávida de reposo. Mas todo fué inútil.

Ni vuestras músicas, ni vuestros cantares ni el resplandor de esos tesoros de joyas, ni la fragancia de esas flores, ni la contemplación de esos divinos panoramas, han podido borrar de mi memoria los recuerdos de mi maravilloso ensueño.

Dormía envuelta en mi túnica de lino, sobre almohadones de damasco, bajo pabellones de

púrpura, en el misterioso alhamie que el emir de los creyentes destina á su esposa favorita.

Mi cuerpo era como una de esas raras flores de los ríos sagrados de la India, que flotan abiertas á la Luna sobre la plata ondulante de las aguas.

Bogaba en mar de delicias inenarrables.

En el aire, en el agua, en todo se abrían labios voraces para besarme, hasta dejar exhaustos mi cuerpo en una muerte de suaves languideces.

Y la corriente me arrastraba en un balanceo de seda á lo largo de las florestas encantadas, sobre ciudades fabulosas, hundidas bajo las aguas, con sus cúpulas de coral y sus minaretes de topacios, y todas las estrellas con sus ojos de esmeraldas se asomaban al azul del cielo, para verme pasar envuelta en velos de plata viva, como dormida sobre áureo canastillo de flores de espuma.

De pronto, un eco indescriptible, como escapado de un arpa celestial, pasó zumbando en el aire, como esos abejorros de oro que rozan con sus alas ligeras nuestras frentes presagiándonos la felicidad.

Y se sucedieron las notas con un batir de alas que escapan hacia un rayo de luna : y brotaron las cadencias, acariciantes y fugitivas, como los dedos de los arcángeles entre los cabellos de los santos.

Y bajo el enjambre sonoro, mi cuerpo entero fué como una armonía intraducible, no escu-

chada jamás por oídos mortales. Á sus compases se fueron abriendo ante mis ojos las puertas de oro de alcázares encantados, de ciudades sepultadas, de subterráneos tesoros, como si en torno mío girasen todas las maravillas del mundo.

La música se extinguía con la fugacidad de esos perfumes que aventan las brisas, al deshojar los huertos del Otoño.

Y me encontré de repente en un jardín como jamás soñaron los poetas.

El suelo estaba enarenado con polvo de diamantes, con aljófares de astros, y al roce de mis sandalias vibraba como la caja sonora de un instrumento bien templado.

Los árboles eran de oro, las hojas de esmeraldas, y los frutos de rubíes, de jacintos, de amatistas, y de otras gemas de colores y tamaños nunca vistos.

Flores maravillosas se abrían como llamas, como círculos de resplandores; y el plumaje de las aves relampagueaba con todos los matices del iris.

Las fuentes eran de ágata, de topacios y de ámbar, los surtidores de perlas y las corrientes de plata viva. Y los árboles, las flores, los pájaros, las brisas y las fuentes, hablaban un idioma inexpresable más dulce que el son de las cítaras.

Sentí rumor de pasos precipitados, y mis ojos cegaron como ante una aparición divina.

Un arcángel, el Arcángel de la Venganza, el mismo que, cabalgando en la yegua Haizun, armado con su casco de fuego y su alfanje de llamas, combatió al frente de una legión de querubes, al lado del Profeta, salió á mi encuentro y me estrechó en sus brazos.

Y sus manos temblorosas de deseo como las de un novio, me condujeron á un templete resplandeciente, que se alzaba á la sombra de un gran bosque de palmeras de oro.

Los muros eran de calada malaquita, con cenefas de granates y arabescos de turquesas y piedras de luna. La bóveda estaba formada de un sólo zafiro incrustado de estrellas de diamantes, que giraba y se curvaba como un cielo. El lecho era del coral más sangriento y las colchas de púrpura llameante.

Sentí en toda mi carne la palpitación de unos labios de fuego, y un beso lento y largo, como una eternidad, me fué absorbiendo vorazmente hasta dejar vacío mi cuerpo, sin sangre y sin alma.

Y en las alas violentas de un amor imposible, volamos abrazados, como con el roce de los viejos cuentos del Yemen, en un vértigo inconcebible, envueltos en torbellinos de luz ó bajo pabellones de tinieblas, sobre desiertos y ciudades, rozando los flecos de oro de las estrellas y sintiendo á veces salpicar nuestros flancos la salobre espuma de los mares hambrientos.

Nos transmitimos nuestras más íntimas ideas, todo eso que no puede decirse porque es tan grande y tan sutil que no encuentro palabra que lo exprese, con una mirada voraz, con una sonrisa estática, con un beso absorbente.

Fundidos en uno sólo, vagamos, vagamos infatigables y ágiles como los genios del aire, hasta que un viento huracanado nos arrojó como náufragos á una playa encharcada de sangre, donde las cabezas truncadas de los degollados se abrían en mueca de espanto, como cárdenos lirios flotantes en las aguas.

Abrí los ojos, temblando de espanto.

En los cristales de la alberca miré, con los cabellos erizados aún de pavor, mi rostro pálido como esas enfermas que adolecen del mal del Cielo y mueren sin que nadie conozca las causas de su enfermedad.

Jamás podré olvidar el sueño de esta noche. Llevo dentro de mis pupilas los negros y fieros ojos del Arcángel.

Al recuerdo de sus besos, hierve la sangre en las venas, y mis entrañas se abren como las tierras pródigas al recibir la fecundidad caudalosa de los ríos desbordados. He sentido dilatarse en mí todas las felicidades del cielo y de la Tierra !

La voz se hincha en un suspiro, y de nuevo desfallece Leila Hassana sobre los almohadones del diván.

Las esclavas silenciosas la rodeaban.

Los instrumentos músicos, duermen en sus cajas de marfil y ébano.

Las joyas rutilan en los estuches cincelados y algunas rosas se van deshojando lentamente dentro de las canastillas de mimbre.

Se oye el zumbido sordo y tenaz de una abeja en torno de los cálices abiertos. De pronto desgarra el silencio el metálico clamor de una trompa de guerra.

Pasa un rápido estruendo de armas y corceles bajo el calado mirador. Y los atambores y los añafiles atruenan triunfalmente en la plaza de la Armería, en los patios del Alcázar, y á lo largo de todas las torres almenadas de la Alhambra.

— ¿Qué pasa? — murmura, bruscamente, la sultana incorporándose en el lecho.

Las esclavas se asoman á los ajimeces.

Son los correos que traen noticias de la guerra...

Van tendidos, como flechas, sobre sus corceles sudorosos, gritando : ¡Victoria! Y tras ellos galopan algunos caballeros armados.

La atlética figura del jefe de los eunucos aparece en el umbral, é inclinándose reverentemente, murmura con voz sonora :

— El magnánimo y poderoso emir de los creyentes, Muhamed-ben-Alhamar, se digna visitar á la perla de su harem, á la esposa favorita de su corazón. Sus propios labios desean

comunicarte la gran victoria que alcanzaron contra los infieles, nuestras huestes acaudilladas por el príncipe Abderramán-el-Omeya.

Las esclavas se colocan presurosas en sus puestos.

Las guzlas y las arpas vuelven á gemir; una voz de ternura y de desfallecimiento entona una vieja canción de amor.

Y Leila Hassana ensaya la más graciosa de las sonrisas al ver aparecer en el umbral, rodeado de sus guardias y alcatifes, al gran emir, envuelto en su sayo negro, y con la toca verde entrelazada con gruesos hilos de perlas que ornó siempre la noble frente de los hijos de Hegiaz.

Y á través del humo azuloso de los pebeteros se ve todo como soñando en los cristales de un lago encantado.

III

Ha terminado la oración del Alba. Granada, la Damasco de España, metrópoli de todas las ciudades de Occidente, emporio de traficantes, madre pródiga de artistas y de guerreros, se incorpora perezosamente al pie de las verdes colinas, como sensual odalisca que despierta sobre rica alcatifa bordada con todos los matices de la Primavera.

Los primeros rayos del Sol, al reflejarse en las perennes blancuras de la Montaña de la Nieve, arrojan vivos relámpagos de púrpura sobre las negras cresterías de Sierra Elvira, haciendo resplandecer los torreones bermejos del doble cinturón de fortificaciones que ciñe á la ciudad.

Las almenadas torres de la Alhambra se recortan nítidamente en el aire sereno, como si surgiesen del fondo ondulante de un mar de esmeraldas.

Las últimas neblinas se esfuman en los manchones verdes de los cármenes, y el oro fluído del Sol centellea en la fugitiva pedrería del Darro,

y en los joyeles de las innumerables fuentes, recatadas á la sombra de los arbustos floridos.

Desde los esbeltos minaretes de las Cien Mezquitas, resplandecientes de azulejo, la voz jubilosa de los muezzines desciende sobre la ciudad, congregando á los fieles, en el nombre de Allah clemente y misericordioso á recibir á las huestes que, al mando del príncipe Abderramán, regresan vencedoras de las armas cristianas.

Las azoteas se pueblan de gentes, cuyos ojos avizores escudriñan las atalayas de la vega.

En todas las calles desemboca, como el agitado oleaje de un río desbordado, una abigarrada muchedumbre. Desciende por las estrechas callejuelas, desde el alcázar regio, desde la casa de la Moneda, desde los mil palacios nobles que rodeados de jardines, coronan el Albaicín, inundando la mañana con la alegría frenética de sus gritos. Se precipita, desbordante de fausto, por todos los senderos umbrosos de La Alhambra. Se encrespa en una onda multicolor de turbantes y de alquiceles tendidos al viento en torno de la puerta de Bib-Anjar, para desplomarse torrencialmente á la largo de la cuesta de los Gomeles, en un relampaguear perpetuo de joyas y armas bruñidas de sol.

El paso de la multitud hace retemblar los gigantescos puentes tendidos sobre el Darro.

De toda la ciudad convergen nuevas oleadas de cabezas.

La alcazaba Cidid arroja sus laboriosos barrios de tejedores y mercaderes.

La estrecha Cadina deja escapar su negra colmena de infatigables hebreos, y hasta el Muro y la Antequeruela concurren también con sus humildes habitantes.

La muchedumbre forma un remanso curuscante y ensordecedor en la plaza de Bile-Rambla, y se desborda por los callejuelas de Zacatín y de la Alcaicería buscando las puertas de la Vega. Y este mar humano invade toda la ciudad, se arremolina en torno de las plazas, asalta todas las vías en un frenesí de gritos y canciones.

Bajo la gloria del Sol, bajo el celeste resplandor de los cielos, flotan los amplios alquiceles de los esclavos africanos; relucen los bronceados bustos de los guerreros etíopes; sudan luz las pieles lustrosas de los potros cordobeses; relampaguean las adargas, las picas y los cascos bruñidos; fulguran los puños de los corvos alfanjes; se irisan los topacios que recaman los altos bonetes, y arde la púrpura y llamea el oro de los ricos vestidos de los pajes. Y todo parece multiplicar la claridad del día, la luz, en una apoteosis mágica de colores y de tonos.

De los jardines floridos, de los cármenes rebosantes de cálices y de los patios olorosos á ámbar, á mirra, á nardo, á todos los más acres y pesados perfumes de Oriente, se escapa un vapor cálido y perfumado de lujuria estival.

Se mezclan y confunden en un mismo triunfo de júbilo todas las tribus que pueblan la ciudad.

Los finos almaizales que velan el rostro de las damas, brillantes y trasparentes como encajes de cristal, rosan las túnicas de lino y los blancos turbantes de los hijos del trabajo.

Tras las celosías, engalanadas de flores y de cintas relampaguean los ojos curiosos de las odaliscas.

Grupos de bayaderas, bajo el arco, lleno de alicatados, con esmaltes y cifras de azul y de oro, de algunas plazas, arquean sus torneados brazos, balanceando las potentes caderas, mientras los pies desnudos, riman ágilmente sobre el mosaico del pavimento los voluptuosos giros de las danzas moriscas.

Ancianos de luengas barbas blancas y mugrientas tocas raídas entretienen la impaciencia del público con juegos de cubiletes y rasgueando destempladas guitarras.

Entre la estupefacción de los chiquillos, se engullen largas tiras de estopa ardiendo, ó cantan viejas historias guerreras, en las que el nombre de Almanzor campea con las más gloriosas alabanzas.

Domadores de serpientes, sentados sobre sucias alfombrillas de pita, fosforescentes los ojos, crispadas y convulsas las manos, ofrecen sus lenguas rojas al mortal aguijón, y los áspides se balancean en ellas, rítmicamente, á los som-

nolientos compases de los tambores y de las flautas berberiscas.

Callejeros astrólogos hebraicos predicen el porvenir á cambio de algunas miserables monedas.

Apuestos mancebos hacen caracolear sus ágiles corceles, enjeazados con sedas, flecos, borlones y alharacas multicolores, bajo las celosías de sus damas.

Y cuadrillas de alegres mozos y desenvueltas doncellas, pululan por todas partes, tañendo guzlas y entonando amorosas canciones. Y todos, en avalanchas de color, se dirigen hacia la Vega, como si las ochenta mil casas de Granada arrojasen de su seno en una embriaguez oriental de pompa y de alegría, su medio millón de habitantes.

También el Zacatín, emporio de las glorias y de las grandezas de Granada, se siente poseído de esta fiebre de movimiento y de entusiasmo.

Desde las puertas de Bib-Rambla, cantada por los poetas como teatro de cien fiestas, de corridas de toros, juegos de sortijas, carreras de caballos y amorosos galanteos, hasta la cancela labrada de la Alcaicería, se ve invadido por las oleadas de la muchedumbre, que distrae su impaciencia contemplando las riquezas infinitas acumuladas en los muestrarios de los bazares.

Á un lado, los más hábiles joyeros, ofrecen alhajas de oro y plata, de tan fina labor que se

dirían tejidas con rayos de sol y reflejos de luna; retorcidos brazaletes de esmeraldas y rubíes, diademas de topacios y de ópalos, collares de perlas y diamantes, joyeles de amatistas y de zafiros.

Expertos cinceladores muestran suntuosas lámparas de alabastro, búcaros y jarrones esmaltados prodigiosamente, y pebeteros donde el sutilísimo buril dejó grabadas flores de loto enroscándose en troncos de palmeras, ramas de cedro meciéndose sobre lagos serenos.

Los forjadores de armas enseñan corvos alfanjes damasquinos, largas cimitarras, cotas de malla tan ligeras como impenetrables, jacerinas y broqueles.

Los relojeros exhiben relojes de arena y clépsidras, donde el tiempo se desgrana gota á gota.

Los tejedores cuelgan riquísimos tapices, fastuosas alcatifas, cojines de brocado, hermosos pabellones de lino, imitando en sus dibujos todos los prodigiosos mosaicos de las telas índicas.

Al otro lado, en otros bazares, se ven largos tubos cilíndricos, por donde el astrólogo percibe los más tenues movimientos de los astros; preciosas brújulas, más gratas al navegante que el fulgor de una estrella en noche borrascosa; ligerísimas hojas de papel de hilo, de seda y de algodón y curiosos manuscritos de ciencias y de

artes, y extraños instrumentos de física y alquimia, retortas y sopletes, astrolabios y tablas geométricas, y hierbas de la Sierra de la Nieve que curan todos los males.

Profusión de sedas y de alfombras, encajes, pieles y finísimas esteras de pita y de cáñamo, todo producto de la vega granadina, trabajado en la ciudad de las mil torres, todo salido de las fábricas de tapices del Albaicín, de los telares de la Alcazaba, de los talleres de curtidos del arco de Bib-Elvira.

En el bazar de Mahomed-ben-Hassan, el más famoso mercader de la Alcaicería, un numeroso grupo de hombres comentan en diversos idiomas los sucesos del día, la entrada triunfal de Abderramán, el júbilo del emir y la futura prosperidad de Granada. Son joyeros, navegantes, cinceladores y ebanistas, judíos, genoveses, castellanos, provenzales, turcos, persas y egipcios. Muchedumbre reunida un día en la ciudad común, en la opulenta y comercial Granada, para hacer acopio de sus mercancías y dispersarse mañana, como la hoja de árbol al ímpetu del huracán, en caravanas, ya por las abrasadas regiones del África, ya por las populosas ciudades asiáticas ó por los pueblos bárbaros de Europa.

— ¿Qué nación podrá competir con la perla del Occidente? — exclama Mahomed, acallando con su voz enérgica y sonora la gárrula algarabía de las voces extranjeras.

Granada tiene mil torres que la vigilan, y en cada torre un hombre que la guarda. Es inexpugnable como un castillo custodiado por genios buenos. Sin embargo, sus puertas están abiertas para todos y su hospitalidad no tiene límites. Dílo tú, sino, Abraham.

Tus compatriotas viven, bajo sus muros, más libres que en las comarcas de Palestina. Tú lo sabes también, Pero Nuño, mientras que en Córdoba, Sevilla y en Toledo, los fieles creyentes que no tuvieron el valor de abandonar sus hogares para venir á tierras de Islam, sufren los más afrentosos vejámenes por parte de los reyes de Castilla, en Granada se os abren las puertas, se os remunera generosamente vuestro trabajo y hasta se invita á vuestros caballeros á quebrar cañas y á romper lanzas con los más nobles hijos del Profeta, en las justas y torneos que se celebran en Bib-Rambla.

Nuestra riqueza sólo se puede comparar á nuestra liberalidad. Tendrá Chachemir, sedas; Golconda, diamantes; Ormuz, perlas. Podrá envanecerse el genovés con sus bajeles, el turco con sus perfumes, el castellano con sus catedrales, el provenzal con sus artistas; pero en Granada se concentra todo. En ella se acaparan los productos de todas las ciudades. En Málaga y Almería, en Algeciras y en Adra, anclan los navíos de los pueblos más remotos cargados de los más variados productos de la Tierra, y se

dan de nuevo al mar, llenos hasta la escotilla, de las más envidiables mercancías. La Vega produce todos los frutos necesarios para la salud del cuerpo y la embriaguez de los sentidos. La Sierra de la Nieve, oculta tanto oro en sus entrañas, que se desborda para servir de arena á nuestros ríos. Las canteras griegas no produjeron mármoles y alabastros tan puros y tersos como los de Sierra Elvira y Macael.

Jamás el Sol iluminó tierras más fértiles desde cielos más bellos.

Alfombras sirias, tapices persas, telas índicas, metales preciosos, abortan inagotablemente nuestras extensas fábricas y nuestras profundas minas. Tenemos alcázares que envidian Bagdad y Damasco, observatorios que taladran el cielo con sus altivos minaretes; incomparables academias donde se guarda, como un fuego sagrado, la sabiduría de los pueblos antiguos; bazares espléndidos donde podemos ofrecer al mundo todo cuanto pueda soñar la más lúcida imaginación.

Os hemos dado la brújula para que podáis surcar los mares. Hemos creado el papel para que la idea perdure y no sea sólo ráfaga de aire que pasa sin dejar huella. Tenemos poetas que cantan nuestras glorias; sabios que las aumentan; guerreros que las defienden, y alarifes que nos traen á la Tierra todas las hermosuras del Paraíso.

La multitud continúa pasando, en un desfile ondulante de banderas y gallardetes, en una marea ensordecedora de gritos y canciones. Se empuja, se atropella para traspasar el arco de la Puerta Elvira. Asalta los arrabales, invade las huertas, trepa por los árboles, se arracima en los vallados y en los setos de los caminos de la Vega.

Las brisas están cargadas de perfumes y de frescuras que ascienden de los huertos floridos; de los habares en flor; de los bosques de limoneros y naranjos, que nievan el suelo de azahar; de las acequias, límpidos y joyantes, que se deslizan entre hiedras y violetas, de las mil fuentes borboteantes por sus caños de bronce en los recodos de los caminos.

De Granada se escapan ráfagas acariciantes de aromas y de humedades que enervan la mañana ebria de sol y de azul.

La Vega también se desmaya de voluptuosidad, invadida por el tumulto de tantas voces, por el torbellino de tantos colores violentos.

Las azoteas de los molinos, albeantes entre las alamedas del Genil; los minaretes de las mil academias, cercadas de frondosos jardines; los miradores de los cármenes, todo se desborda de gente. Y por todas partes, á lo largo de los paseos de cipreses, en el centro de los kioscos esmaltados, en medio de los patios umbrosos, los penachos de los surtidores se elevan, rectos y brillantes al sol, por cima de las azoteas y de los

tejados, sobre las copas de los más altos árboles, para caer deshechos en amplios abanicos de perlas finísimas, como lluvia de rocío, ó formando arcos de chispeante pedrería.

Por los caminos, bajo túneles de verdura, por los olivares, desembocan, entre nubes de polvo y un estruendo de campanillas y trallazos, los moradores de los mil lugares de la Vega, que vienen también á compartir el júbilo de los granadinos, jinetes en enjaezadas mulas de labranza, en pacíficos asnos con gualdrapas de colores chillones, entre un tropel de chiquillos que corretea vociferando.

Y la gente se saluda desde lejos, llamándose por sus nombres, y las bendiciones de Dios descienden sobre aquel mar de cabezas multicolores y ululantes.

De pronto, un grito formidable estalla en la cima de un altozano cubierto de algarrobos; serpentea por todos los caminos; atruena en Puerta Elvira; se extiende en un vocerío delirante á lo largo de todas las calles; se eleva en gritos estentóreos de las plazas, y á través de los puentes tendidos sobre el Darro asciende por los mil laberintos frondosos hasta la cumbre de la Alhambra; y un brusco redoble de tambores anuncia al gran Emir, que rodeado de su corte, espera impaciente en el salón de Embajadores, la llegada de las tropas victoriosas.

Por el ancho camino real avanza rápidamente

una inmensa nube de polvo, proyectando sobre los árboles y sobre los sembrados las rápidas y movibles sombras de un vuelo.

Se va aclarando poco á poco; parece abrirse y el oro del Sol dardea, por fin, en el acero de las armas y en el metal de los escudos.

Un trueno de corceles, de chocar de armas, se aproxima. Son los Zenetes, los más ágiles jinetes de Granada. Vienen hasta cuatrocientos, galopando en sus caballos, engualdrapados de verde, con grandes borlones de plata que casi rozan el suelo, tendidos sobre las crines flotantes, embrazando sus largos escudos de oro, blandiendo sus enormes lanzas de combate.

Galopan, galopan vertiginosamente, y los gritos agudos, y el hierro de las espuelas sangrando en los ijares, azuzan los caballos.

La multitud les aplaude, les arroja flores, y cintas, y palomas; se apartan á su paso, atropelladamente, reculando contra las paredes, casi embutiéndose en los quicios de las puertas, trepando por los hierros de las ventanas. Y el tropel de jinetes, flotantes los blancos alquiceles, ondeando los largos penachos, se pierden al galope por las calles. Y bajo el rítmico martilleo de los cascos saltan rotas las piedras, despidiendo chispas de fuego.

Después son los Gomeles, más lucidos, más numerosos, galopando también en los más bellos caballos de los campos de Córdoba. Y luego los

Abencerrajes, bellos y fieros, como los ángeles del Señor en la hora de las grandes venganzas. Y los Zegríes, los Venegas, los Muzas, los Almohades y los Almorabides, toda la noble raza del Islam, desfilan gallardamente, tremolando al aire enseñas victoriosas bordadas de motes, entre un chocar metálico de armas, de arneses y de estribos; entre relámpagos de oro y pedrería; en un torbellino violento de colores brillantes, de crines desparramadas, de pieles lustrosas.

El blanco, el verde, el bermejo triunfan en esta carrera vertiginosa.

Atraviesan la ciudad. Bajo las rápidas herraduras, retiemblan los puentes del Darro. Se precipitan bajo el arco de Bib-Aujar, y ascienden y se pierden por las cuestas de la Alhambra, como una avalancha de oro, de nieve y de sangre, estremeciendo las bóvedas de verdura, deshojando las flores, desgajando las ramas, ahuyentando los pájaros y levantando hasta el Sol jirones de nubes polvorientas.

Los añafiles y los atambores dejan oir por fin sus notas guerreras. Y sólo, seguido de cerca por compactas filas de pajes y escuderos, se destaca, en un recodo del camino, jinete en un piafante potro morcillo, la soberbia figura de Abderramán. Todos los brazos se elevan á los cielos; los jaiques y los alquiceles flotan en lo alto, y una explosión de vítores estalla, hasta enronquecer las voces.

Las gentes avanzan, le rodean, se aprietan en torno suyo, se postran de rodillas para besar la fina seda de su manto blanco. El príncipe tiene que hacer esfuerzos inauditos para refrenar la nerviosa impaciencia del caballo, que avanza, caracoleando, entre aquel mar rugiente de aclamaciones.

La gualdrapa, de seda verde, barre con sus largos borlones de oro el polvo del camino. Está salpicada de sangre; y en los flecos de seda carmesí del rendaje, los topacios y los crisosberilos fulguran como leonadas pupilas de pantera. Avanza sonriente, la diestra entre las riendas y la mano izquierda apoyada sobre el puño de su largo alfanje damasquino, envuelto en la blancura de su alquicel, ciñendo el verde turbante, recamado de oro y perlas, de los descendientes del Profeta.

Las celosías se descorren á su paso, y, tras ellas, los ojos arden de deseo, y los labios femeninos florecen en los claveles de las más incitantes sonrisas.

Desde las azoteas, desde los miradores, de todas partes derraman lluvias de esencias y pétalos de flores; arrojan naranjas de color de grana y limones como el oro, pastillas de ámbar y largas cintas de seda multicolores.

Tras él, precedidos de los heraldos en cuyos petos fulguran bordadas en oro las armas de Granada, veinticuatro pajes, vestidos de púr-

pura, conducen en grandes azafates de plata las llaves de las ciudades y de las villas arrancadas al poder de los cristianos. Cincuenta escuderos portan las espadas y los cascos de los alcaides rendidos. Detrás, custodiados por las lanzas de atezados guerreros alpujarreños jinetes en salvajes corceles de desgreñadas crines, van los cautivos con las cabezas curvadas sobre el pecho. Algunos chorrean sangre de las recientes heridas, y son tantos que, ligados por sus cadenas, podrían rodear en doble fila el espacioso recinto de la ciudad.

Tras ellos, centenares de mulas se derrengan bajo el peso de fuertes arcones henchidos de joyas, de vasos sagrados, de diademas, de santos, de oro y plata, de todo el magnífico botín obtenido en la gloriosa jornada.

Y, por último, cerrando la marcha, los guerreros etíopes, la caballería berberisca, los peones armados de hondas y de picas, y los esclavos cargados de cascos y de escudos.

Abderramán penetra en la Alhambra. Asciende por el amplio camino de la Puerta de la Justicia. Desde los Adarbes llueven flores sobre su caballo.

Los guerreros, desparramados á lo largo de los senderos, le saludan chocando sus armas sobre los escudos. En la ancha plaza de los Aljibes, toda resplandeciente de lanzas, un alarido formidable anuncia su llegada.

La guardia negra del alcázar inclina la cabeza y toca con las alabardas al suelo.

Salta del corcel, que un paje rubio detiene por los bridas, y seguido de sus escuderos penetra en el palacio.

La música deja escapar sus más alegres sones.

Atraviesa el patio de la Alberca y sube al Salón de Embajadores.

Un gran silencio expectante domina en la sala, donde los pebeteros y la lluvia de tenuísimas esencias que resbala de las altas bóvedas de cedro esmaltadas de plata, oro y azul, atemperan el ambiente y la violencia de los colores con que juega la luz en los encajes y en los alicatados.

Abderramán se aproxima al trono, é inclinándose hasta tocar el suelo con las manos, murmura:

— ¡Grande y poderoso comendador de los creyentes, la bendición del Señor sea contigo! Las llaves de veinticuatro villas y ciudades tomadas á los cristianos están ante tus pies, y con ellas los alcaides que las gobernaban.

Más de mil mulas jadean bajo el peso del botín, y treinta millares de cautivos se prosternan á tus plantas. El más humilde príncipe de tu sangre te entrega estas mercedes que Allah te ha concedido para bien de tu imperio.

El emir se levanta, y atrayéndole sobre su corazón, murmura:

— Pide cuanto desees. Mi magnificencia sabrá

recompensarte. Pídeme la más bella de mis hijas, la más rica de mis ciudades, todos los tesoros ocultos que desde Alhamar custodiamos...

— Señor, sólo pido tu venia para volver á guerrear. Mi lealtad no necesita más premio que el de tus brazos.

Un murmullo de aprobación zumba en la sala hormigueante de guerreros.

Todas las manos acarician la empuñadura de los alfanjes.

Sólo Leila Hassana permanece inmóvil con los ojos fijos en las negras pupilas y en el fiero talante del príncipe que, rodeado de guerreros, semeja el bello Arcángel de las Venganzas, ese arcángel exterminador y violento que enciende la cólera de los viejos profetas.

Y no pudiendo resistir la fascinación de aquella figura que adorara en sueños, cae desmayada en brazos de las siervas.

El emir sonríe de Abderramán, mientras su mano imperiosa, de una belleza toda hecha de crueldad y de palidez, acaricia suavemente la fatídica negrura de su barba.

BIBLIOTECA Granada

IV

Aquella misma noche, un esclavo rubio cercenó de un golpe de yatagán la heroica cabeza del joven príncipe, y en un suntuoso azafate de plata repujada, fué á ofrecérsela, sangrando aún, á Leila Hassana, cual rico presente de su señor, el muy alto y magnánimo emir Muhamad II.

FIN

INDICE

Dedicatoria v
El milagro de las rosas. 3
La venganza de Aischa. 61
El último Abderramán 133

Chartres. — Tip. Ed. Garnier. — 155-1-12.

2.800

Intonso

12

– Andalucía
– ~~Almería~~
– Lit. esp. s. XX

Paris, Imp. Desfossés. — 53602.